

JORGE A. BERRUETA

---

# LA DEBILIDAD DE LOS DIOSES

## ÍNDICE

Acerca de este libro.....	3
La religión explica algo que la ciencia no.....	4
La ciencia y el mundo de lo inmaterial.....	6
Cuando la ciencia se equivoca.....	9
El orden del Universo no puede ser por azar.....	11
El conflicto inevitable entre ciencia y religión.....	13
Si Dios no creó el Universo, ¿de dónde salió?.....	15
Dioses en los agujeros de la Ciencia.....	17
...¿Y si Dios existiera?.....	19
Un Dios más abstracto y sofisticado.....	21
La moral sin Dios.....	23
El ateísmo no es una religión.....	25
El razonamiento de la apuesta.....	27
La fe no es una virtud.....	29
Imponiendo conductas con base religiosa.....	31
Cuando el pedido de la oración se cumple.....	33
La Biblia es contradictoria como guía moral.....	35
Mitología es la religión de otras personas.....	37
Los incontables baches de la Biblia.....	40
La contradicción fundamental de Dios.....	42
El engaño de sentir la presencia de Dios.....	44
El absurdo sacrificio de Jesús.....	46

## ACERCA DE ESTE LIBRO

### ¿DE QUÉ SE TRATA ESTO?

En estas páginas encontrarás una colección de explicaciones de por qué un ateo es ateo, qué es lo que piensa, por qué lo piensa, y cómo responde a los argumentos de la religión desde diversos ángulos. Cada capítulo está redactado de la manera más breve posible, y no hace falta leerlos en ningún orden particular.

### SITIO WEB

Este libro se encuentra completamente disponible en su propio sitio web: [www.debdioses.com.ar](http://www.debdioses.com.ar), desde donde se puede leer en línea o descargar gratuitamente. Allí además encontrarás enlaces a los perfiles de “La debilidad de los dioses” en Facebook, Twitter, Google+ y YouTube. También se encuentra disponible una aplicación interactiva, con la cual medir la consistencia lógica de tus creencias religiosas, y una lista de sitios externos recomendados.

### EL AUTOR

Mi nombre es Jorge A. Berrueta. Al año 2012 tengo 25 años y estudio Informática e Ing. Electrónica en la UNLP (La Plata, Argentina). Soy miembro co-fundador del Círculo Escéptico Argentino ([www.circuloesceptico.com.ar](http://www.circuloesceptico.com.ar)), un grupo de jóvenes dedicados a la divulgación de la ciencia y el pensamiento crítico.

Si deseas contactarte conmigo puedes hacerlo enviando un email a [debdioses@gmail.com](mailto:debdioses@gmail.com). Por otra parte, me puedes seguir en Twitter como [@jorgeaber](https://twitter.com/@jorgeaber), o también encontrarme en Facebook o Google+ con el nombre de usuario “Jorge A. Berrueta”.

### LICENCIA

Todo el texto del libro se encuentra bajo una Licencia Creative Commons. Eres libre de copiarlo, distribuirlo y comunicarlo públicamente, o hacer obras derivadas, siempre y cuando menciones al autor, no utilices la obra para fines comerciales y lo realices bajo esta misma licencia.

## LA RELIGIÓN EXPLICA ALGO QUE LA CIENCIA NO

Un sistema de creencias religiosas puede explicar muchas cosas fuera del alcance actual de la ciencia. Pero esto no tiene ningún mérito, cualquier persona con un mínimo de imaginación puede explicar todos los misterios del mundo. Por ejemplo, para dar una solución definitiva al origen del Universo, alguien podría decir que fue creado en un concurso de hadas mágicas; la que creara el Universo más destacado se llevaría un premio, que será otorgado al final de los tiempos. Claro está, a pesar de tratarse de una explicación completa y sin contradicciones, sería imposible demostrar su veracidad. Sólo puede sustentarse en la fe, y ese es el problema.

¿Cuál es la moraleja? Que en definitiva, lo que importa no es si alguien puede ofrecer una explicación sobre algo o no; cualquiera puede inventar una sobre la marcha, si no la tiene ya. Lo que interesa es hasta qué punto se puede sustentar su veracidad con evidencias.

Como todos sabemos, durante siglos y siglos el cristianismo sostuvo que la Tierra era el centro del Universo, que se había formado en seis días, que el ser humano había surgido directamente del barro, que los átomos no existían, y un larguísimo etcétera. La religión daba cómodamente por sentado que la ciencia jamás llegaría a pisar estos campos, y se enorgullecía pomposamente de poder explicar algo que aquella no. Sin embargo todos sabemos como la historia terminó; tarde o temprano la ciencia fue tomando el control, y en todos los casos resultó que la religión había dado rienda suelta a su lengua sin ningún fundamento.

Esto no quiere decir que la religión haya cometido errores como los que comete de vez en cuando la ciencia. No. Un error es cuando uno hace una cuenta y le da un resultado incorrecto. Un error es cuando uno hace un experimento y le sale mal. La religión nunca hizo cuentas ni experimentos, nunca erró, lisa y llanamente inventó. Afirmó hasta el cansancio que Dios le había revelado esas cosas, que obtenía esos conocimientos a través del Espíritu Santo y que su autoridad era incuestionable. Y aún peor, cada vez que uno de sus falsos dogmas cayó, en vez de tener la mínima humildad de admitir que había estado equivocada, se excusó diciendo que la revelación seguía siendo cierta, sólo que la había interpretado mal.

Siendo pacientes, y suponiendo generosamente que es cierto que existe un dios y que esas revelaciones son auténticas, aún así la pregunta es: ¿qué ha aprendido la religión de todos estos tropiezos? ¿Ha revisado los métodos de interpretación de sus revelaciones? ¿Ha mejorado sus técnicas de comunicación con el Espíritu Santo? No. Sigue sosteniendo cosas extravagantes supuestamente reveladas, y siempre con el mismo viejo argumento: *“La ciencia no puede aún explicar determinado asunto misterioso. No queda otra explicación; un ser superior invisible y poderoso debe estar detrás. Además, podemos estar seguros de esto porque nos lo reveló Dios,*

*aunque lamentablemente lo haya hecho justo cuando ustedes no estaban mirando*". Que es justamente el mismo estilo de pensamiento que la hizo llevarse el mundo por delante una vez tras otra, a lo largo de los siglos.

De más está aclarar que esto no significa que la ciencia sea perfecta, o ni siquiera que pueda llegar a saberlo todo algún día. El objetivo de la ciencia, sí, es conocer cada vez más sobre el Universo... pero si algún día llega a comprenderlo todo o no, es otro tema. Nadie garantiza que el Universo sea apropiadamente digestible para la maquinaria del cerebro humano. ¿Por qué debería serlo? Quizás haya misterios que simplemente sean indescifrables, no solo para nosotros sino incluso tal vez para cualquier otro ser inteligente posible, incluyendo eventuales extraterrestres o máquinas pensantes que pudiéramos construir en un futuro. Aunque desde ya, por "misterios indescifrables" no se entiende necesariamente a Dios ni a los temas relacionados con él, sino a cualquier fenómeno en general. De hecho podría darse el caso, quién sabe, de que Dios existiera y que fuera perfectamente analizable desde la física y la matemática, pero al mismo tiempo siguieran existiendo otros asuntos eternamente incomprensibles.

Pero aún así, más allá de todas las posibles limitaciones de la ciencia, sigue siendo la mejor herramienta que tenemos, con mucha diferencia. Porque, en resumen, nuevamente, lo que importa no es si alguien puede dar una explicación sobre algo o no; cualquiera puede inventar una. Lo que interesa es si es posible demostrar la veracidad de esa explicación. La ciencia no explica todo, pero demuestra todo lo que explica. La religión puede explicar todo, pero no puede demostrar nada.

## LA CIENCIA Y EL MUNDO DE LO INMATERIAL

Imaginemos un escenario del futuro un poco extraño. Supongamos que para sorpresa de todos, el día de mañana se descubre el alma en algún laboratorio. Enseguida surgirían investigaciones científicas para responder muchas preguntas, como por ejemplo, ¿cuándo obtenemos el alma? ¿Surge espontáneamente cuando el óvulo es fecundado por el espermatozoide, o en otra etapa de la gestación, o incluso un tiempo después de nacer? ¿El espermatozoide viene con media alma y el óvulo con la otra mitad, o quizás el alma ya viene entera en uno de los dos? ¿Todas las almas son iguales y tienen el mismo potencial, o sus características dependen del sexo, de la etnia, de posibles malformaciones congénitas, de la dieta alimenticia?... ¿Los siameses tienen un alma o dos? ¿Y los gemelos idénticos? ¿Y los trillizos? Si a una persona le tienen que amputar un brazo o una pierna, o una sección del cerebro, ¿se pierde una parte del alma? ¿Se pueden fabricar medicamentos para ella? ¿Cuando morimos, se va a algún lugar o se queda en el cuerpo, degradándose poco a poco al igual que el resto del organismo?

Lo cierto es que a partir de ese momento, el alma dejaría de ser un tema de fe y pasaría a formar parte de una nueva rama de la medicina y la biología. Lo mismo sucedería si se descubriera científicamente a Dios, los ángeles, el Cielo, el Infierno y todas las cosas de las que habla la religión. Claro está, si desde un comienzo estas entidades no existen, es imposible que la ciencia los descubra, pero si son reales no hay ningún motivo para asumir de antemano que no son estudiables, comprensibles y reducibles a fórmulas. Antes también se pensaba que sería imposible escudriñar científicamente el funcionamiento de la vida, el mecanismo de los pensamientos, el origen del hombre, de los planetas y de las estrellas... y echemos ahora un vistazo a cualquier enciclopedia o libro básico de ciencias para ver cómo resultó la historia. Todos los sentimientos, las emociones y los pensamientos se consideraban inmateriales, pero la neurociencia los está comenzando a explicar exitosamente en términos físicos. Lo mismo ha sucedido en muchos otros campos. Antes se pensaba que la biología debía aceptar la existencia de la vida como un punto de partida inexplicable, ya que obviamente entraban en juego entidades espirituales, pero hoy en día se la comprende completamente desde la química y la física.

Pero la gran pregunta es... si este descubrimiento hipotético sucediera, ¿deberíamos dejar de considerar “inmaterial” al alma, o no? Dicho de otro modo, incluso suponiendo que existen cosas inmateriales, ¿cómo se puede distinguir algo material de algo inmaterial? Y además, ¿por qué deberíamos pensar que el alma y Dios, en caso de existir, deberían ser entes “inmateriales”?

Si por “inmaterial” se entiende algo que obedece a un conjunto de leyes distintas, pero investigables, entonces, ¿dónde trazar la línea que separa lo que es material de lo que no lo es?

¿Cómo sabemos que no hemos ya descubierto científicamente cosas que son “inmateriales”, pero pensamos que son materiales porque no sabemos la diferencia? Y por otra parte, si por “inmaterial” se entiende algo que es totalmente incomprendible para la mente humana, entonces, ¿cómo podríamos distinguir si algo, como Dios o el alma, es un ente “inmaterial” por no ser investigable, o es "material" pero simplemente sucede que la ciencia aún no ha llegado a ese punto?

En cualquier caso, cuando alguien afirma que Dios, o el alma, o lo que sea, es un objeto inmaterial, en el fondo no está diciendo realmente nada. Lo único que está asegurando es que no puede medir ni detectar la existencia de eso de lo que está hablando.

Muchos tienen el prejuicio de que los científicos son de mente cerrada y que descartan la existencia de Dios, el alma, las energías místicas o el mundo espiritual en general sólo porque no son visibles al ojo humano. Esto es completamente falso. Si fuera por esto entonces también descartarían la existencia de los campos magnéticos, por ejemplo, los cuales tampoco se pueden ver ni tocar, ni poner debajo del lente de un microscopio, ni guardar en un tubo de ensayo. Las personas caminamos libremente a través de ellos y ni siquiera los sentimos, como si fueran fantasmas. ¿Cuál es la diferencia entre estos campos y Dios, entonces? ¿Por qué los científicos aceptan la existencia de los primeros y se desentienden del segundo? Porque los campos magnéticos pueden mover la aguja de una brújula y provocar corrientes eléctricas, entre otras muchas cosas. Es decir, aunque no los podamos ver, producen efectos en cosas que sí podemos ver, e ingeniosamente los podemos medir de manera bastante precisa. Pero hasta la fecha, que se sepa, Dios no mueve la aguja de ninguna brújula ni produce corrientes eléctricas.

Lo mismo sucede con el núcleo de las estrellas, las partículas subatómicas, los ancestros biológicos que nos precedieron hace millones de años y una lista sin fin. Todos ellos, y en definitiva casi la totalidad de lo que la ciencia estudia hoy en día, no se puede ver ni tocar. Son cosas que deben analizarse indirectamente, a través de los rastros que dejan de una manera o de otra, en algún lugar u otro, bajo algunas condiciones u otras. En resumen, el problema con Dios no es que simplemente no se pueda ver, o que sea inmaterial. Es que no se puede detectar con ningún método objetivo y fiable, de ninguna forma directa ni indirecta. Exactamente igual que sucede con Zeus, Ra, Osiris, Thor, Horus, los unicornios, los duendes, las hadas mágicas y todas las criaturas místicas en que la humanidad ha creído alguna vez. ¿Quiere decir esto que Dios no existe? No, no quiere decir que no exista. Pero con el mismo argumento, tampoco quiere decir que no existan Ra, Osiris, Zeus, Thor y compañía.

¿Y qué pasaría si Dios efectivamente existiera, pero nunca se pudiera demostrar científicamente, precisamente por estar hecho de una sustancia “inmaterial”?... Bueno, ¿por qué no hacemos la misma pregunta acerca de todos los demás dioses mencionados? ¿Qué pasaría si Ra existiera y fuera inmaterial, y justamente por eso no tuviéramos pruebas de su existencia?

La conclusión siempre es la misma. No podemos demostrar que Dios no exista, pero sí podemos demostrar que no tiene más probabilidades de existir que cualquier otro ser mágico e invisible que

haya concebido la imaginación humana. Y si pensamos que racionalmente es válido descartar la existencia de Osiris o Zeus, entonces con los mismos argumentos también podemos descartar la existencia de Dios.

## CUANDO LA CIENCIA SE EQUIVOCA

Es sumamente torpe argumentar, en un debate sobre religión, *“la ciencia no está de acuerdo con mis creencias en este momento, pero dentro de algún tiempo reconocerá que se equivoca y nos dará la razón”*. Con este mismo razonamiento, si lo consideráramos válido, podríamos defender cualquier absurdo. Por ejemplo, podríamos decir: *“la ciencia ahora desmiente que las hadas mágicas existan, pero ya nos terminará dando la razón”*.

¿Quiere decir esto que la ciencia siempre está en lo correcto y lo sabe todo? ¡No! Por supuesto que la ciencia produce ideas que pueden ser erradas. Eso nadie lo discute. Los científicos pueden creer en una época que la Tierra es plana, luego que es esférica y luego que en realidad es ligeramente deforme. Pero aún así es infundado pensar que como la ciencia no es perfecta, entonces la religión tiene derecho a inventar cualquier cosa que se le ocurra.

Además, a lo largo de todo este proceso de autocorrección, el método científico sigue siendo el mismo, y ese es precisamente el núcleo de la ciencia: evaluar constantemente nuevas evidencias y poner a prueba las teorías establecidas, buscando imperfecciones, en lugar de asumir que ya posee la verdad absoluta como hace la religión.

Nada mejor que citar a Isaac Asimov: *“La Ciencia no es una colección de resultados, de capacidades o incluso de explicaciones. Esos son productos de la Ciencia, pero no la Ciencia misma, de la misma manera que una mesa no es la carpintería, ni plantarse en la meta es una carrera. Los resultados, capacidades y explicaciones producidos por la Ciencia son experimentales y, posiblemente, equivocados en todo o en parte. Casi con toda seguridad, son incompletos. Pero nada de esto implica fallos o insuficiencias de la Ciencia misma. La Ciencia es un proceso; es una manera de pensar; una manera de enfocar y, posiblemente, resolver problemas; un camino por el cual se pueden deducir un orden y un sentido a partir de observaciones desorganizadas y caóticas”*.

En otras palabras, la ciencia puede no ser perfecta, pero aún así es lo mejor que tenemos. No promete la verdad absoluta, pero sí promete autocorregirse y revisar sus propias teorías constantemente. Cuando se descubre que algún enunciado científico es erróneo, instantáneamente la ciencia lo asume y se corrige ella misma. En cambio, cuando le toca el turno a la religión, ella no corrige su error, sino que usualmente asume el papel de víctima y argumenta que le están faltando el respeto a sus creencias.

Ya desde la base, en la ciencia se fomenta la renovación y la revisión de sus teorías, mientras que en la religión se fomenta la repetición. Un libro científico queda obsoleto en una década, porque se

admite sin ningún complejo que se ha progresado. Los libros religiosos, en cambio, continúan imponiéndose por doctrina después de siglos o milenios, porque no se reconoce que pueda haber nada mejor. En ciencia, los hombres que en el pasado refutaron pilares importantes son señalados como genios, mientras que los que se limitaron a repetir lo que habían aprendido son olvidados. Los grandes premios científicos, como los Nóbel, son justamente para aquellos que han producido importantes cambios en la manera científica de ver el mundo. Por el contrario, en asuntos religiosos, son recordadas como herejes las personas que en el pasado intentaron modificar sus pilares, o incluso detalles secundarios, mientras son tratados como héroes aquellos que se esforzaron por respetar lo que se les había enseñado.

Justamente esta manera de pensar es la causa de que, siempre que la ciencia y la religión hayan discutido por la verdadera explicación de algún fenómeno, la ciencia haya resultado tener la razón. Sin excepción.

## EL ORDEN DEL UNIVERSO NO PUEDE SER POR AZAR

A un primer vistazo, el ser humano y el Universo resultan demasiado complejos como para encajar entre ellos por obra de casualidad. Si la Tierra estuviera algunos millones de kilómetros más alejada o más cerca del Sol, las condiciones serían imposibles para la vida. En la misma línea podemos seguir analizando la composición química de la atmósfera, la influencia gravitacional de la Luna, la inclinación del eje de nuestro planeta e incontables cuestiones más, concluyendo que el hombre y el Universo deben estar diseñados de manera inteligente y planificada.

Vayamos por pasos. En primer lugar es extraño que un ser tan sabio y poderoso, habiéndose tomado tantas molestias para que cada pieza del complejo engranaje del cosmos funcione armoniosamente, olvidara ciertos detalles. Por ejemplo, podría haber dispuesto las cosas de manera tal que los terremotos y tornados sólo se produjeran en zonas no habitables, y también podría haber ingeniado algún mecanismo para que no hubieran grandes sequías ni inundaciones. A la hora de desarrollar el cuerpo humano podría haber diseñado las células de forma que no fueran tan propensas a fallar descontroladamente y desarrollar cánceres. Sin mencionar todas las malformaciones congénitas, enfermedades, plagas, catástrofes naturales y desórdenes posibles que constantemente ocurren a lo largo y a lo ancho del mundo. Por otra parte, con respecto a las especies animales, como diría Richard Dawkins: *“si sólo hay un Creador que hizo al tigre y al cordero, al guepardo y a la gacela, ¿a qué está jugando? ¿Es un sádico que disfruta siendo espectador de deportes sangrientos?”*. Y citando a David Attenborough, *“Cuando los creacionistas hablan acerca de Dios creando cada especie individual como un acto separado, ellos siempre se refieren a los colibríes, o las orquídeas, los girasoles y organismos hermosos. Pero, en lugar de ello suelo pensar en un gusano parásito que barrena a través del ojo de un niño sentado en un banco de un río de África occidental. Un gusano que está dejándolo ciego. ¿Están diciéndome que el Dios en el que ustedes creen, el cual dicen es un dios de misericordia, que cuida de cada uno de sus criaturas, creó este gusano que no puede vivir en otro lugar diferente que en el globo ocular de un inocente niño?”*

Un sacerdote seguramente respondería que el problema es que no estamos comprendiendo bien el concepto de un “Universo que encaja perfectamente con el ser humano”. El diseño del Universo es perfecto, sólo que hay que saberlo ver. Muy bien, olvidemos todos estos detalles secundarios y retomemos la cuestión central entonces: ¿no es sorprendente que se hayan dado tantas condiciones necesarias para que nuestra especie biológica pueda vivir?

Hay una falacia inmensa escondida en este razonamiento. Haciendo una analogía, es como si un determinado tipo particular de pez pudiera pensar, y dijera: *“Yo no estoy adaptado al mar, el mar*

*entero es el que está adaptado a mí. Todo el cosmos podría haber sido diferente en infinitos aspectos, pero yo no podría haber sido distinto de como soy, dada mi gran trascendencia. Es indiscutible que soy el protagonista del Universo, y por lo tanto es obvio que si yo puedo vivir en el mar, con todas las condiciones que hacen falta para esto, no debe ser coincidencia; debe existir un ser superior que haya acomodado todo pensando en mis importantes necesidades. Los cocodrilos, los delfines, las ostras, los insectos, las algas y todas las demás especies que viven o se han extinto son sólo extras que me sirven de complemento”.*

¿Cuál sería el error de semejante discurso, si el pez fuera capaz de elaborarlo? Que naturalmente, no es el mar el que está adaptado al pez, es el pez el que está adaptado al mar. Es fácil entender esto porque nosotros no somos peces, y nunca se nos ocurriría plantear que ellos son algo imprescindible para el Universo. Pero en nuestro propio caso, el orgullo nos puede jugar en contra. Como somos importantes para nosotros mismos, enseguida asumimos que también debemos ser importantes para el cosmos desde un punto de vista objetivo. Aunque si nos pudiéramos mirar desde afuera, nos daríamos cuenta que estamos cometiendo el mismo error que el pez del ejemplo imaginario. Es decir, hace falta ser extremadamente orgulloso para creer que es el planeta el que está adaptado a nosotros. Más bien, con un poco de madurez y humildad podemos aceptar que la situación es la contraria, somos nosotros los que nos fuimos adaptando a nuestro entorno a través de la evolución, igual que cualquier otra especie. Y si las condiciones necesarias no se hubieran dado, entonces no habríamos evolucionado de la manera que lo hicimos, y punto.

Desde la antigüedad pensábamos que, como las lluvias y las cosechas nos resultaban beneficiosas, entonces debía haber un dios que las estuviera disponiendo. Asumíamos inmediatamente que, como eran algo importante para nosotros, entonces no podían ser por azar; una simple cadena de causas y consecuencias sin sentimientos, completamente indiferentes a nuestras necesidades. Naturalmente la ciencia ha derrumbado estos mitos en particular, pero siempre hemos vuelto a caer en el mismo error en incontables situaciones. Y nuevamente, siempre que la ciencia pudo develar si cada fenómeno se trataba de simple azar, o de la intervención de un ser superior interesado en nuestros asuntos, ha resultado ser lo primero. Sin excepción.

## EL CONFLICTO INEVITABLE ENTRE CIENCIA Y RELIGIÓN

Muchos opinan que la ciencia y la religión no se contradicen ni pueden contradecirse, ya que la primera se ocupa de los asuntos del mundo material mientras la segunda del espiritual. Argumentan que son campos distintos pero complementarios entre sí, por lo que sus conflictos son meramente aparentes y pasajeros.

Como teoría filosófica flotando en la atmósfera tal vez esta idea sea muy bonita, pero en la práctica las cosas son muy distintas. Si pudieran alzar su cabeza, Galileo y Darwin darían testimonio de que la religión sí tiene bastante ánimo de explayar su lengua sobre el mundo material, y que es falso que se contente simplemente con los “asuntos espirituales”, lo que sea que se entienda por ese término. Alguien seguramente respondería que estos episodios no cuentan, ya que si la religión se limitara al campo que le corresponde, estas cosas no sucederían. Sin embargo, en realidad esto es imposible de concebir. ¿Cómo sería una religión que no hablara de nada relacionado con el mundo material, sin referirse ni en lo más mínimo al origen de la vida, la causa del Universo, el funcionamiento de la conciencia humana?...

Imaginemos que una religión dijera: *“Bien, no vamos a hacer ninguna afirmación acerca de cómo funciona el cerebro, sólo creemos que hay algún componente espiritual en alguna parte”*. A primera vista podría parecer que esto resolvería la cuestión. Pero si luego se demostrara que las decisiones morales son tomadas por el cerebro, y que son una cadena de causas y efectos físicos inevitables, como cualquier otro pensamiento... ¿qué significado quedaría para ese “componente espiritual”? De hecho, actualmente todo el campo completo de la neurociencia apunta en esta dirección. Por supuesto que aún quedan muchos misterios por resolver acerca de la mente, pero incluso siendo generosos y suponiendo que el alma puede existir, la moraleja es que es imposible separar la religión del mundo material, y aislarla del impacto de los eventuales descubrimientos científicos.

La ciencia busca la verdad y por eso se basa en hechos, sin importar que las conclusiones resulten reconfortantes o no. Si el resultado de una investigación es que la Tierra queda en un rincón del Universo y no en el pleno centro, entonces queda en un rincón y se acabó la historia. No es relevante a quién eso haga sentirse ofendido, deprimido o desorientado. Lo que se busca es descubrir hechos, no influir emociones. A la religión por el contrario no le interesa que haya o no haya pruebas a favor de la existencia alma, opina que existe sin más. Y si surgieran pruebas en contra, sencillamente diría que esas evidencias están mal, que es un terreno que no le corresponde pisar a la ciencia y que se trata de una falta de respeto a su fe. No le preocupa en lo más mínimo contrastar sus creencias para ver si son ciertas o no, porque lo que busca no es la verdad, asume que

ya la tiene desde el comienzo; lo único que le interesa es despertar sentimientos. Por eso, desde el punto de vista del religioso, si en un momento no hay evidencias a su favor, el día de mañana surgirán. Y si hoy hay evidencias en contra, más tarde desaparecerán. Lo único que importa es seguir creyendo lo mismo más allá de lo que indique el mundo externo, con tal de que esto funcione para hacer sentirlo sentir bien a uno.

En resumen, la diferencia entre la razón y la fe no es que cada una se ocupe de distintos aspectos del Universo. Esa separación entre dimensión espiritual y material es completamente falsa. Tanto la ciencia como la religión explican montones de fenómenos, ya sean materiales, espirituales o de la manera que se los quiera llamar. La cuestión no pasa por el tipo de asuntos estudiados, sino porque la ciencia fundamenta sus explicaciones con evidencias, al contrario de la religión.

El alma puede ser que exista o no, pero no hay ningún motivo para pensar que su existencia o inexistencia no es deducible científicamente, de manera directa o indirecta. Lo mismo con Dios o cualquier otra cosa supuestamente “espiritual”. La religión deja por sentado que la ciencia nunca descubrirá nada que pueda perturbar estas creencias, ya que pertenecen a un cierto terreno especial, pero... ¿acaso este no fue el mismo error que cometió con Darwin, Galileo y tantos otros? En otras palabras, la incompatibilidad entre la ciencia y la religión no es algo que ocurrió simplemente en la historia remota, es algo inevitable. Siempre que ambas convivan en una sociedad van a estar dadas las condiciones para que, ante un descubrimiento inesperado, explote un nuevo conflicto.

## SI DIOS NO CREÓ EL UNIVERSO, ¿DE DÓNDE SALIÓ?

*“¡Es absurdo! ¿Cómo el Universo no va a tener una causa?”*. Esta respuesta es clásica de parte de los creyentes a los ateos, y es un planteo completamente racional. El problema no está en la frase en sí misma, sino en lo que insinúa: *“o creemos que el origen del Universo es Dios, o creemos que todo salió de la nada por arte de magia”*. Y esto es una falsa dicotomía, porque si el Universo no fue causado por un dios no quiere decir que no pueda tener otra causa, de tipo material o cualquier naturaleza que sea. Esto, en definitiva, no es ni más ni menos que el argumento del dios tapa-agujeros. Como aún no sabemos hasta el último detalle la explicación de determinado misterio, entonces para tapar nuestra ignorancia inventamos que ese fenómeno se debe al capricho de un ser invisible, y descartamos cualquier otra posible alternativa.

Decir que Dios creó al Universo es como decir que nuestro planeta es sostenido por tortugas. Por supuesto que hoy en día, que contamos incluso con fotografías de la Tierra vista desde el espacio, ya sabemos que esas tortugas no existen, pero eso es trampa. Supongamos que estuviéramos en una época o un contexto donde no tuviéramos ese conocimiento. ¿Sería aceptable entonces esa teoría? No, porque carece de toda evidencia que la apoye; ¿por qué tienen que ser necesariamente tortugas, en lugar de cualquier otro animal o posible objeto o artefacto? Y bien, exactamente lo mismo sucede en nuestro caso; ¿por qué la causa del Universo tiene que ser necesariamente un Dios, en vez de cualquier otra posible entidad o mecanismo? ¿Por qué tiene que tratarse de un ser consciente e inteligente, y no un simple proceso natural siguiendo leyes físicas, ya conocidas o aún desconocidas por la ciencia? ¿Qué es lo que lo impide? E incluso suponiendo que la causa fuera un Dios, ¿por qué no podría ser que él hubiera sido originado a su vez por otro dios, el cual sí fuera la primera causa absoluta? ¿O por qué no planteamos que hubo una familia de cientos de dioses, donde sólo el más antiguo de todos no tuvo causa, y el dios creador de nuestro Universo es sólo un lejano descendiente del primero? ¿O por qué el Universo no pudo ser creado por varios dioses al mismo tiempo, como trabajo en equipo? ¿Y por qué todos, o al menos algunos de ellos, tendrían que estar interesados en los seres humanos, que habitamos un diminuto rincón de una galaxia insignificante?

Al igual que en el caso de las tortugas, el hecho de que la explicación de Dios no se pueda refutar científicamente, al menos por ahora, no implica que por eso deje de ser arbitraria e infundada. Está completamente sacada de la galera, y ni siquiera se preocupa por analizar ninguna de las infinitas alternativas posibles.

Un religioso automáticamente responderá: *“¿Ah, sí? Pero todavía no has provisto ninguna explicación científica absolutamente demostrada sobre el origen del Universo”*. Sin embargo, imaginemos que alguien dijera: *“Desde la ciencia no podemos entender el comportamiento de la*

*materia oscura. Eso es suficiente para pensar que está causada por los antiguos dioses griegos del Olimpo. Y si alguien me acusa de estar equivocado, debe enseñarme una teoría científica finalizada sobre la materia oscura*". Todos le responderíamos, naturalmente, que aunque no contemos con todas las respuestas del cosmos, eso no le da derecho a inventar lo primero que se le ocurra. La diferencia entre los ateos y los creyentes, entonces, no es que nosotros podamos explicarlo todo científicamente, sino que cuando nosotros no podemos explicar algo por el momento, lo reconocemos, en lugar de recurrir a la creencia que se nos dé la gana.

Pero la teoría de Dios no solamente es arbitraria, además es insatisfactoria, porque ni siquiera soluciona la cuestión realmente: ¿de dónde salió todo? Nuevamente es como con las tortugas. El mundo se sostiene sobre tortugas, bien, ¿pero sobre qué se sostienen ellas a su vez? "*Oh, no deberíamos preocuparnos por eso, no le busquemos la quinta pata al gato*". El Universo fue causado por Dios, bien, ¿pero de dónde salió Dios? "*Oh, no tiene sentido que trates de pensar en eso*". La complejidad de los seres vivientes se puede explicar porque están diseñados por un ser aún más complejo, bien, pero si todos los seres complejos deben estar diseñados por alguien más complejo, ¿entonces quién diseñó, a su vez, a ese ser súper-complejo? "*Oh, no gastes tus energías intentando comprender esas cosas*". Como diría Frater Ravus, "*La fe no te da las respuestas, sólo te impide hacer las preguntas*".

Citando a Carl Sagan, "*Es corriente en muchas culturas responder que Dios creó el universo de la nada. Pero esto no hace más que aplazar la cuestión. Si queremos continuar valientemente con el tema, la pregunta siguiente que debemos formular es evidentemente de dónde viene Dios. Y si decidimos que esta pregunta no tiene contestación, ¿por qué no nos ahorramos un paso y decidimos que el origen del universo tampoco tiene respuesta? O si decidimos que Dios siempre ha existido, ¿por qué no nos ahorramos un paso y concluimos diciendo que el universo ha existido siempre?*"

## DIOSES EN LOS AGUJEROS DE LA CIENCIA

Como la ciencia no provee aún una teoría completa y meticulosamente demostrable hasta el último detalle sobre el origen del Universo, mucha gente piensa que esto automáticamente da derecho a creer que fue creado por un ser invisible. Pero no hace falta llegar a ese nivel filosófico para encontrar este mismo tipo de argumento. ¿Cuál es la conclusión más probable de un religioso ante cualquier curación inesperada de una enfermedad? *“No hay una explicación lógica de cómo ésta persona se recuperó repentinamente, no podemos comprenderlo; debe ser obra de un ser supremo y bondadoso”*.

En cualquier caso, argumentar que dado que la ciencia aún no puede dar cierta respuesta, ahí detrás debe haber un dios, es volver a caer en el error de la antigüedad de creer que la lluvia era manipulada por un ser extraño, simplemente porque no lo podían explicar de otra manera. No importa si se trata de la ignorancia del origen de la lluvia o del origen del Universo, da igual, en el fondo se esconde la misma falacia: *“No puedo encontrar una explicación seria y demostrable de determinado fenómeno. Entonces simplemente lo atribuyo a algún ser poderoso e invisible que lo hizo porque quería”*. Esto es lo que se conoce como el argumento del “dios tapa-agujeros”, precisamente porque consiste en tapar los agujeros del conocimiento con un ser mágico salido de la nada, ahorrándonos la molestia de la investigación verdadera. Y como bien diría Isaac Asimov: *“Rendirse ante la ignorancia y llamarla Dios siempre ha sido prematuro, y sigue siéndolo hoy”*.

Imaginemos una conversación entre dos hombres de una tribu de la antigüedad, traducida a lenguaje moderno:

- *No hay ninguna evidencia que indique que la lluvia es causada por un dios que vive en las nubes* -dice un escéptico.

- *Pero la lluvia tiene que venir de algún lado* -responde un chamán-, *es ridículo pensar que llueva sin ninguna causa.*

- *Desde ya, pero mi argumento no es que la lluvia no tenga causa. Sólo digo que no hay fundamentos para pensar que la causa de la lluvia sea este dios en particular.*

- *Ah, y entonces, ¿de dónde viene la lluvia?*

- *No lo sé.*

- *¡Ah, qué bien! Y si no lo sabe, ¿cómo puede demostrar que este dios no sea su causa?*

- *No, no puedo demostrar que no lo sea. De nuevo, lo que yo estoy diciendo no es que este dios necesariamente sea imaginario, ni que la causa de la lluvia tenga que ser otra. Lo que pienso es*

*que si el día de mañana se demuestra que este dios sí existe, bienvenido sea. O si se demuestra que la raíz es un proceso extraño en las nubes, también bienvenido sea. Incluso podría ser que este dios sí existiera pero que no tuviera nada que ver con la lluvia. Pero por el momento, que no hay pruebas de nada, ¿qué necesidad tenemos de andar inventando?*

En esa conversación se resume la esencia del argumento del dios tapa-agujeros. Según la religión, o pensamos que la causa del Universo es Dios, o pensamos que no tiene causa. Y la ciencia responde que esto es una falsa dicotomía. ¿Por qué la causa del Universo, por ejemplo, no podrían ser cuatro o cinco dioses en vez de uno? ¿O por qué no podrían ser infinitos? ¿O por qué no podría ser ninguno, y ser simplemente otra clase de cosa? Es mas... incluso podría ser que un tal dios existiera pero no hubiera creado el Universo, o que sí lo hubiera creado pero luego no tuviera ningún interés en nosotros ni nuestro planeta. Tal vez en el futuro se demuestre alguna cosa o la otra, pero por el momento, que no tenemos pruebas de nada, ¿qué necesidad tenemos de andar inventado? Y por supuesto, lo mismo se aplica a las curaciones extrañas de ciertas enfermedades y cualquier otro fenómeno para el que no se tenga una explicación científica demostrable. Los ateos no negamos que existen infinitas cosas fuera del nuestro conocimiento y del alcance actual de la ciencia. La diferencia no es que nosotros sepamos más que los religiosos, o que los religiosos sepan más que nosotros; ambos sabemos lo mismo, la diferencia es que nosotros no tenemos la necesidad de inventar fantasías para cubrir lo que no sabemos y sentirnos reconfortados.

Todo, absolutamente todo, en algún momento de la historia no pudo explicarse y ha sido atribuido a tal o cual dios, o ángel, o espíritu, o personaje etéreo de cualquier tipo, de todas las variedades y para todos los gustos. El dios cristiano es solamente uno más en esta larga lista de criaturas místicas e indetectables.

## ...¿Y SI DIOS EXISTIERA?

En principio, podría suceder perfectamente que los ateos estuviéramos equivocados y Dios existiera. Desde luego no podría existir el clásico Dios cristiano, debido a sus numerosas contradicciones, pero bien podría tratarse de algún otro Ser Superior. Y bien, ¿no deberíamos modificar nuestra conducta, aunque sea por las dudas?...

No.

En primer lugar, porque con la misma lógica, ¿qué pasaría si Odín, o Zeus, o Mitra existieran? ¿Qué sucedería si luego de la muerte nos despertáramos en el inframundo de alguna religión antigua, frente a alguno de esos dioses, quien nos reclamara por no haber creído en él? ¿No deberíamos comportarnos durante esta vida según el agrado de todos ellos, para evitar posibles sorpresas desagradables en el futuro? Naturalmente esto no tiene ningún sentido, e incluso sería imposible de poner en práctica. Uno no puede pasarse la vida especulando sobre las expectativas de infinitos dioses hipotéticos. Incluso algunos de esos supuestos dioses podrían tener deseos opuestos a los de otros, y uno nunca podría satisfacer a todos a la vez.

Pero supongamos que efectivamente hay un dios concreto y que esperara cierto comportamiento de nuestra parte, ya sea el amor al prójimo, una convivencia pacífica, la prohibición de los preservativos, la discriminación hacia ciertas personas o los atentados a las Torres Gemelas. En cualquier caso, él debería tomarse la molestia de explicarnos racionalmente por qué debemos seguir sus consejos. Decir *“porque de esa manera te enviaré al Cielo y serás muy feliz”*, no es una explicación, es sencillamente un premio por cumplir sus caprichos, o bien una amenaza por desobedecerlos, según cómo se lo mire. Del mismo modo, decir *“porque de esa manera me harás feliz y orgulloso, me demostrarás que me amas y me devolverás el favor de haberte creado”*, tampoco es una explicación. ¿Para eso nos creó Dios, para satisfacer sus ganas de tener un juguete que se moviera a su gusto? ¿Esa es la altura de su concepto de amor; obedecer órdenes sin cuestionamientos?

Pero profundicemos un poco más. Resulta muy ingenuo pensar que a este Ser Supremo, creador de las imponentes leyes de la física, gobernador de un inabarcable Universo, le vaya a preocupar en absoluto lo que sucede en este insignificante planeta. No sólo porque la fría realidad del mundo lo demuestre claramente, sino también por una cuestión esencial de sentido común. Sencillamente no es creíble que este Amo del Universo pierda el sueño vigilando con quién nos acostamos, en qué circunstancias o en qué posición sexual. Es como imaginar que a la Organización de las Naciones Unidas le fuera a importar lo que hizo un día una cierta célula de un parásito dentro de una hormiga. Completamente ridículo. Y esta desproporción, este desorden absurdo de magnitudes de

importancia, no llega ni a los talones de plantear que un Dios va a estar preocupado de lo que hagamos nosotros día a día. De hecho, predicar que somos el centro de atención de semejante Ser es todo lo opuesto de un mensaje de humildad, es la cúspide del egocentrismo psicótico.

En resumen, lo más probable es que Dios no exista. Y si existe, seguramente no está interesado en nosotros. Y si lo está, no podemos estar seguros de cuál comportamiento espera de nosotros, habiendo tantas religiones con supuestos mensajes suyos tan variados y contradictorios. Pero incluso si existiera una sólo religión, un sólo mensaje, y supiéramos a ciencia cierta que viene de un dios, aún así no habría por qué hacerle caso. Uno debe hacer lo que le parece que es correcto, sin importar lo que diga nadie, ni siquiera un Dios. Si uno piensa, por el contrario, que lo correcto es cualquier cosa que diga Dios, sólo por el hecho de que él lo dice, entonces estamos perdidos. Esa manera de pensar es la que ha justificado innumerables atrocidades en la historia. No hace falta que nos explayemos sobre la discriminación hacia las mujeres, los homosexuales, las hogueras de la inquisición, las masacres de la conquista de América, la condena a descubrimientos científicos, y un larguísimo etcétera. Como la experiencia bien lo demuestra, una misma religión puede promover, basándose en complejas explicaciones teológicas, tanto el amor al prójimo como el odio y el racismo más extremos. Ese es el peligro de pensar que nosotros no somos nadie para decidir qué es lo moral o inmoral, sino que cualquier cosa que diga Dios será lo correcto y que no tenemos derecho a debatirlo.

Pero la moraleja de la historia no es que todos los cristianos, musulmanes o judíos sean monstruos insaciables sedientos de sangre, ni mucho menos. Por supuesto que hay gente buena en todas partes. Y del mismo modo que hay gente que piensa que Dios le ordena hacer cosas antiéticas, también hay gente que cree que Dios le ordena hacer cosas éticas. Aunque claro, todos están convencidos de que son santos desde su propio punto de vista, y ese es justamente el problema. Pero más allá de esto, la cuestión es que los ateos no somos ni más ni menos morales que ellos. La religión no trajo ningún mensaje al mundo que no existiera previamente, el ser humano ya sabía amar y odiar antes de que ninguna religión se lo enseñara, y por eso los ateos podemos amarnos y odiarnos igual que lo hacen los creyentes. La única diferencia es que nosotros no podemos usar la fe como excusa cuando hacemos algo malo, ni tampoco la necesitamos como incentivo para hacer algo bueno.

## UN DIOS MÁS ABSTRACTO Y SOFISTICADO

Hoy en día sólo los más fanáticos creen al pie de la letra en las apariciones de la Virgen, en el infierno, en la comunión, en que ciertas acciones sean objetivamente pecados sin importar el contexto, etcétera. Dentro de la gente normal, muy pocos creen realmente todo lo que dice la Iglesia Católica o cualquier otra iglesia cristiana. Esto no significa solo que no vayan a misa o que no respeten la figura del Papa, sino que verdaderamente no comparten la mayor parte de las creencias centrales. Aún reservan la posibilidad de que exista un Ser Superior, pero ni siquiera están seguras de si se trata del Dios clásico, o de si hay una vida después de la muerte, o de si Jesús tuvo algo especial que no tuvieran Buda o Mahoma. Además, prácticamente todo el mundo acepta que si Dios existe, tiene que ser necesariamente compatible con la ciencia. Si realiza milagros o interviene en los asuntos humanos, debe hacerlo de una manera que no viole las leyes físicas. Y así siguiendo con más y más notas al margen, distanciándose de las instituciones y autoridades tradicionales, abandonando de a poco su legado medieval y puliendo la fe desde el sentido común.

Y bien, ¿qué problema hay en creer en un Ser Superior de este estilo, un Dios más abstracto y sofisticado que el clásico de las religiones? Ninguno. De hecho incluso un ateo puede creer en ese Ser Superior que se lleva bien con la ciencia, que va mucho más allá de los límites humanos, que esconde infinitos misterios trascendentes aún sin resolver, y que explica el sentido de nuestra existencia en este mundo. Este Ser Superior se llama “Universo”.

Pero claro, esta respuesta seguramente no es la que la mayoría tendría en mente, ya que habrá dejado por sentado que ese Ser Superior por fuerza debe poseer consciencia, inteligencia y personalidad. He ahí el nudo de la cuestión. Desde ya, un ateo no puede demostrar que ese Ser consciente e inteligente no sea real, y bien podría ser que existiera, ¿por qué no? Sin embargo, a pesar de que este sistema de creencias no tenga las contradicciones grotescas que puede llegar a tener una religión organizada, aún así sigue sin tener ningún peso por sí mismo. Porque del mismo modo que a primera vista carece de contradicciones, también carece de toda prueba de sustento.

Haciendo una analogía, creer en los unicornios tampoco sería incompatible con ninguna evidencia científica ni escondería ninguna contradicción interna. De hecho, a fin de cuentas un unicornio es nada más que un caballo con un cuerno en la frente, y animales mucho más extravagantes existen en la naturaleza. Seguramente a la evolución no le habría resultado difícil producir un unicornio si las condiciones adecuadas se hubieran dado. Pero aún así, ¿creemos en los unicornios sólo por el hecho de que no encierran ninguna contradicción? ¿O para asumir su existencia exigiríamos, además, alguna prueba objetiva, real y contrastable? Y si somos escépticos respecto de algo tan factible como un unicornio, solo porque no hay ninguna prueba que los

fundamente, ¿no deberíamos ser infinitamente aún más escépticos respecto de un ser sobrenatural, consciente, inmaterial, omnipresente y absolutamente indetectable?

Y todo esto, en el supuesto de que estemos hablando de un sistema de creencias absolutamente impecable, que no incluya ninguna contradicción. Pero en realidad es improbable que lleguemos a ese punto, porque hay una trampa que es muy difícil de esquivar, incluso en las versiones más sofisticadas de Dios, y es lo que se conoce como “el problema del mal”. Tal como lo resume la célebre cita de Epicuro: *“Está dispuesto Dios a prevenir la maldad, pero no puede? Entonces no es omnipotente. ¿Puede hacerlo, pero no está dispuesto? Entonces es malévolo. ¿Es capaz y además está dispuesto? Entonces, ¿de dónde proviene la maldad? ¿No es él capaz ni tampoco está dispuesto? Entonces, ¿por qué llamarlo Dios?”*

En otras palabras, existe mucho sufrimiento en el mundo, y para que una teoría sobre Dios no tenga contradicciones tiene que ser compatible con este hecho. Para eso, necesariamente, hay que quitarle al menos uno de sus atributos clásicos, ya sea su gran poder o su interés la felicidad de los humanos. La cuestión es que una vez que le restamos una de estas cualidades, o ambas, ya queda poco de Dios. Ya no tiene gracia creer en él, porque el único motivo para tener fe en este Ser Superior es sentirnos protegidos y amados por un padre poderoso. Si deja de ser poderoso, o deja de estar interesado en protegernos, ya no hay una motivación emocional para creer en él, y el único motivo restante para creer en este “Dios disminuido” sería que lo apoyaran evidencias científicas, pero desde ya tampoco las hay. Por eso es que, inevitablemente, el camino de pulir las contradicciones de Dios termina desembocando en el ateísmo.

## LA MORAL SIN DIOS

¿Cómo puede una persona fundamentar un comportamiento ético si no cree en Dios? A primera vista esta pregunta puede resultar muy razonable, pero imaginemos ahora que un hombre le dijera a otro: “¿Cómo que no crees en Cupido? ¿Y en qué te basas entonces para fundamentar el amor a tu esposa?”. O bien este señor no es consciente de lo que dice, o bien no ama sinceramente a su pareja; si lo hace es sólo porque cree que así satisface las expectativas de un ser mágico e invisible, y eso no es amor propiamente dicho.

Todos estamos de acuerdo en que se puede construir una relación amorosa sin creer en la existencia de Cupido. Pero aún más, también estamos de acuerdo en que si nuestro amor se basa simplemente en eso, entonces no es amor auténtico. Para que el sentimiento sea real tiene que nacer espontáneamente al pensar en nuestra pareja, y no de manera forzada a raíz del mandato de alguien, incluyendo seres invisibles.

Del mismo modo, no solamente se puede ser ético sin creer en Dios, sino que una ética basada en sus supuestos mandamientos pierde toda la gracia. Nada mejor que citar a Isaac Asimov: *“La idea del ser ético consiste en que se es ético para que el mundo marche tranquilo. Pienso que la gente que dice que la virtud es su mejor recompensa, o la honestidad la mejor póliza, están en lo cierto. Si eres alguien ético solo por tu creencia en Dios, entonces es que estás reservando tu pase para el cielo, o bien tratando de que no se te dé un pase al infierno. En cualquier caso, eres un oportunista voraz, nada más”*.

En otras palabras, para ser ético en la vida cotidiana alcanza y sobra con estar interesado en nuestro propio bienestar y el de quienes nos rodean. No sólo no hace falta creer que Dios nos ordena hacer algo, sino además, si hacemos algo porque creemos que Dios lo espera, eso se rebaja a la altura de amar a nuestra pareja porque creemos que Cupido nos lo manda.

Esto es lo que respecta a la motivación para hacer cosas “buenas”. ¿Pero qué sucede con la prohibición de hacer cosas “malas”?

Naturalmente, el ateísmo no ofrece una fuente de moral absoluta. No es que simplemente no tengamos una brújula para distinguir lo moral de lo inmoral, sino que ni siquiera creemos que las acciones sean morales o inmorales en sí mismas. Somos nosotros quienes disponemos la moralidad o inmoralidad de las cosas, según nuestro propio criterio. Esto nos da una gran libertad, y como toda libertad, tiene ventajas y desventajas. Desde el punto de vista de un religioso, la tragedia es que podemos llegar a justificar el asesinato. Pero la religión también puede justificar el asesinato. No hace falta que recordemos la Inquisición católica o los atentados terroristas musulmanes. En

definitiva, la diferencia no pasa por las cosas que podemos llegar a justificar o no, ya que tanto desde el ateísmo como desde la religión se puede llegar a construir una excusa para cualquier cosa, como la historia bien lo demuestra. La única diferencia es que, si un ateo hace algo inapropiado, uno puede exigirle que justifique racionalmente por qué lo hizo, y puede debatir sobre esa explicación. En cambio, si lo hace un religioso, él siempre puede responder que tenía fe en que eso era lo correcto, porque Dios se lo ordenaba y punto, sin más detalles.

Veámoslo de esta manera: un ateo puede matar a un creyente por muchos motivos distintos, pero nunca lo hará porque se lo ordena “un Dios que no existe”; por otra parte, un creyente también puede matar a un ateo por muchos motivos, pero además también tiene la posible excusa de que se lo ordena “un Dios que sí existe”.

*Citando a Richard Dawkins, “Si los defensores del apartheid realmente fueran astutos afirmarían (sin faltar a la verdad, por lo que sé) que permitir que las razas se mezclen va en contra de su religión. Una parte significativa de sus opositores se alejarían en puntas de pie. Y no tiene sentido afirmar que es una comparación injusta porque el apartheid no tiene justificación racional. El tema central de la fe religiosa, su fuerza y su gloria más grande, es que no depende de la justificación racional. Del resto de nosotros se espera que defendamos nuestros prejuicios. Pero pídale a una persona religiosa que justifique su fe y uno está violando su ‘libertad religiosa’”.*

En resumen, quien necesita creer en Dios para ser ético debe ser porque no le importa tanto el bienestar del prójimo. Hacer el bien por sí mismo no le parece un motivo suficiente. Lo cual lo convierte instantáneamente en un individuo peligroso, ya que si el día de mañana alguien lo convence de que Dios desea que discrimine a las mujeres, o salga a apedrear a homosexuales, o se ponga un cinturón lleno de explosivos, entonces simplemente eso es lo que va hacer. Lo único que requiere es un empujón para creer que eso es lo que Dios dijo. En caso contrario, si por una cuestión moral no fuera capaz de llegar a este extremo, por más que estuviera convencido de que Dios lo decretó, entonces estamos admitiendo que él, del mismo modo que los ateos, no necesita tener a Dios como guía para distinguir lo ético de lo antiético.

## EL ATEÍSMO NO ES UNA RELIGIÓN

Los ateos creemos que Dios no existe, pero no podemos demostrarlo. ¿Esto acaso no nos convierte en una religión, o al menos no hace que nuestro pensamiento sea de estilo religioso?...

Es cierto que tenemos muchas creencias, nadie niega esto. Pero una cosa es una creencia, y otra muy distinta es una creencia religiosa. Nosotros tampoco creemos en Zeus o Apolo, por ejemplo, pero sin embargo nadie diría que esto se trata de una postura religiosa.

Algunos responden que lo más prudente es ser agnóstico. Es decir, mantenernos al margen de la cuestión mientras no hayan pruebas a favor ni en contra. Pero con el mismo criterio entonces también deberíamos ser agnósticos de Osiris o Poseidón, entre otros tantos dioses, semidioses, duendes, ángeles, hadas y seres indetectables de todo tipo. Creer en Afrodita no es contradictorio con ninguna evidencia científica, ni se puede demostrar que no exista. Y seguramente deben quedar detalles sin resolver acerca del amor para la neurociencia, de modo que podríamos proponer a Afrodita como la respuesta de esas cuestiones científicas pendientes. Sin embargo, ¿sería lo más razonable mantenernos al margen de la cuestión, mientras no haya pruebas a favor ni en contra, y pensar que es igualmente posible que Afrodita exista o que no exista?

En otras palabras, si no somos agnósticos respecto a Afrodita, Ra, Osiris o Thor, entonces por el mismo motivo tampoco hay por qué ser agnósticos respecto a Dios. Si en el caso de los antiguos dioses griegos, romanos, egipcios, o nórdicos, consideramos que la ausencia de pruebas es justificación suficiente para pensar que no existen, y que eso no constituye una creencia religiosa, entonces también deberíamos considerarlo una justificación suficiente en el caso de Dios. Como suele replicar Richard Dawkins, *“Todos somos ateos respecto a la mayoría de dioses en los que la humanidad ha creído alguna vez. Algunos de nosotros simplemente vamos adelantados un dios más allá”*.

Por supuesto que si en el futuro surgieran pruebas de la existencia de Dios, o Zeus, o cualquier otro, entonces la situación se invertiría. Por ejemplo, imaginemos que cada vez que alguien rezara pidiendo una curación, el enfermo se repusiera. Y cada vez que alguien pidiera al Cielo que se calmara un terremoto, inmediatamente se detuviera. No una o dos veces cada cierto tiempo, en casos excepcionales, sino la mayoría de las veces. Eso sería un fuerte indicio de que hay algo real en el asunto, y el ateísmo comenzaría a rebajarse al rango de religión. ¿Por qué? Porque la creencia en Dios contaría con sustento basado en hechos medibles, mientras que el ateísmo consistiría simplemente en creer en algo por el placer de creerlo, incluso en contradicción con la realidad observable. Claro está, esto no significa que si Dios existiera tendría por qué obedecer las oraciones o evitar las catástrofes naturales necesariamente; esto es simplemente un ejemplo. Cualquier otra

prueba contrastable sería igualmente válida.

Un religioso seguramente replicaría: *“Pero ustedes los ateos siguen creyendo en muchas cosas que no han visto o experimentado personalmente”*. Y sí, es cierto. Un ateo puede creer sin ningún problema que existen millones de galaxias, átomos, y planetas que jamás verá ni comprobará directamente que existen. Sin embargo, es absurdo pensar que se trata de creencias religiosas, porque primero y principal, para que una postura sea religiosa tiene que carecer de un fundamento lógico. Por definición, la fe únicamente hace falta cuando no se puede defender una opinión racionalmente. En caso contrario, si pudiera ser argumentada, entonces no sería una cuestión de fe, se trataría de una opinión normal como cualquier otra. Por eso no tiene sentido decir, por ejemplo, que los científicos tienen “fe” en los átomos, ya que pueden enumerar una serie de buenos motivos para pensar que no son imaginarios. No es algo que crean porque simplemente los haga sentir mejor por dentro, o por respeto a una tradición, o por temor a lo que sucedería si no fuera cierto. Por otra parte, los motivos para creer en Dios no son pruebas ni argumentos, sino el miedo de qué sucederá después de la muerte, el deseo de ser amado por un amigo incondicional, la necesidad de ser protegido y reconfortado por un ser poderoso, y demás sentimientos por el estilo.

En resumen, no es lo mismo tener una creencia que tener fe; una creencia puede estar bien o mal defendida en términos lógicos, pero busca defenderse. La fe, desde el punto de partida, no tiene fundamento de este tipo e incluso considera que es una virtud no tenerlo. ¿Y cuál es la defensa lógica del ateísmo, que hace que no sea una cuestión de fe o religión? La misma defensa lógica que tiene la no-creencia en Ra, Osiris o Anubis. ¿Y qué tipo de pruebas necesitaríamos los ateos para pasar a creer en Dios? El mismo tipo de pruebas que exigiría un cristiano para aceptar la existencia de Zeus, Afrodita o Poseidón.

## EL RAZONAMIENTO DE LA APUESTA

*“Prefiero equivocarme creyendo en un Dios que no existe, que equivocarme no creyendo en un Dios que existe. Porque si después no hay nada, evidentemente nunca lo sabré, cuando me hunda en la nada eterna; pero si hay algo, si hay Alguien, tendré que dar cuenta de mi actitud de rechazo”.* Este argumento se conoce como la “apuesta de Pascal”, porque fue justamente Blaise Pascal quien lo hizo célebre.

Hay muchos baches lógicos en este planteo. En primer lugar, sólo considera los posibles beneficios de creer en Dios, como si no hubiera ningún posible perjuicio. La realidad es que dentro de cada religión, ya sea organizada o no, siempre hay creencias que exigen ciertos sacrificios a la sociedad. Por ejemplo, los Testigos de Jehová no están de acuerdo con la transfusión de sangre, ya que consideran que en esta reside un componente esencial de la vida y el alma, y por lo tanto dejan morir a familiares y amigos que se habrían curado con una simple intervención. En el catolicismo existe la prohibición del preservativo, la discriminación hacia los homosexuales, la condena a la investigación científica con células madre embrionarias, y así siguiendo. Todos estos casos, todos estos sacrificios, discriminaciones, condenas y prohibiciones terminarían siendo completamente en vano si resultaran falsas las creencias de base, y claramente estos riesgos deberían ser tomados en cuenta a la hora de plantear la apuesta.

Por otra parte Pascal asume, sin ningún fundamento, que Dios premia la fe ciega y castiga a todo aquel que se atreve a dudar de él, aunque esta duda esté basada en la lógica y la razón que el mismo Dios le otorgó. Podría ser perfectamente al revés. O como diría Mario Benedetti: *“Yo no sé si Dios existe. Pero si existe, sé que no le va a molestar mi duda”.* Sin embargo, nuevamente caemos en el mismo error: ¿cómo sabemos de antemano qué es lo que la va a molestar a Dios o no? ¿En qué nos basamos para saber cuáles cosas va a premiar, cuáles castigar, y cuáles le resultarán indiferentes? Benedetti hace bien en intentar suavizar la religión, hacerla menos agresiva, pero de todos modos su postura sigue siendo igual de infundamentada desde un punto de vista racional.

¿Por qué suponemos que si Dios existe, necesariamente debe estar interesado en nosotros? A lo mejor somos un fenómeno demasiado insignificante para merecer su atención, y nuestro mundo no tiene nada que ver con sus planes. Quizás sólo creó el Universo algo así como un experimento científico, y haciendo la analogía, nosotros somos como una especie de hongo que creció accidentalmente en un rincón del tubo de ensayo. O tal vez sí, Dios está todo el tiempo pendiente de nosotros, pero piensa que con darnos una vida ya es suficiente, de modo que luego de la muerte no nos espera ninguna justicia ni nada. En fin, hay tantas alternativas posibles... y sin embargo, Pascal solamente considera que si existe un Dios, necesariamente debe resucitarnos luego de la muerte

para premiarnos o castigarnos por tal o cual comportamiento. ¡Qué imaginación tan pobre!

Pero el defecto más grave de esta apuesta es que no muestra curiosidad por saber si Dios realmente existe o no. Su objetivo es calcular la conveniencia de creer en él, y no su existencia verdadera, siendo dos cosas totalmente distintas. Esto no solo manifiesta cierta bajeza intelectual, sino que además, siguiendo el mismo criterio, deberíamos también alabar a Zeus, Ra y Thor, por las dudas que existan y se vayan a enojar. Es más, también deberíamos idolatrar a todos los seres invisibles y poderosos que podamos concebir con nuestra imaginación, no solamente a aquellos que tuvieran una religión preestablecida que los adore. Y en seguida caeríamos en contradicciones. Por ejemplo, deberíamos encender una vela durante las noches, porque tal vez exista un ser superior que nos esté observando y al que le agrade esta ofrenda. Pero al mismo tiempo deberíamos prohibir la utilización de velas, por las dudas de que en realidad exista otro dios distinto al que le desagrade profundamente este tipo de cosas. Este conflicto puede parecer trivial, pero el mismo razonamiento se extiende a cualquier otra actividad, desde el sexo hasta el asesinato, y desde las fiestas religiosas hasta la forma en que nos vestimos o caminamos, incluyendo el tener fe para agradecerle o desagradarle a un dios.

## LA FE NO ES UNA VIRTUD

Si alguien creyera en hadas mágicas, y un buen día se diera cuenta de que el único motivo que tiene para creer en ellas es que esa fe le produce una sensación cálida... ¿cómo podría seguir alegremente creyendo lo mismo? Desde ya, es entendible que por motivos emocionales no le resulte fácil desprenderse de todo de la noche a la mañana, ni tampoco nadie lo obliga. Pero, ¿cómo podría llegar a plantear que es una virtud mantener su fe ciegamente?

La fe no es una virtud, es un defecto. Porque por definición, tener fe significa creer en algo sin un buen motivo racional. En caso contrario, si hubiera una buena razón para creer en tales cosas, entonces no haría falta la fe, se trataría de una opinión normal como cualquier otra. Como diría Miguel de Unamuno, *“La fe no es creer lo que no vimos, sino crear lo que no vemos”*.

Llegado este punto alguien podría replicar: *“Tal vez la fe no tenga una fundamentación racional, pero tiene otro tipo de fundamentación, que son sentimientos profundos nacidos de experiencias personales. No tiene sentido intentar aplicarle las reglas de la razón”*. Sin embargo, eso de “basar creencias en sentimientos” no es algo nuevo, y la historia nos ha demostrado una y otra vez la torpeza que implica hacerlo. Nuestros antepasados religiosos tenían el hondo sentimiento de que la Tierra era plana y estaba en el centro del Universo, que era imposible que fuéramos descendientes de primates, que las infecciones eran causadas por posesiones demoníacas y una lista sin fin. En síntesis, los sentimientos nunca fueron buenos para descubrir verdades, lo cierto es que la razón y la investigación científica siempre resultaron mucho más útiles para esto. Claro que esto no significa que tengamos que reprimir nuestras emociones, ni que sean algo necesariamente malo; sin duda tienen muchas funciones biológicas y sociales imprescindibles, pero investigar la realidad no es una de ellas.

Por otra parte, al decir que “no tiene sentido intentar aplicar la razón a la religión” los creyentes ni siquiera son consistentes, ya que ellos mismos no tienen ningún problema en aplicar la razón a todas las demás religiones del mundo, y criticarlas al ver que resultan ridículas aquí o allá desde el punto de vista intelectual. No ven ningún inconveniente en derrumbar con argumentos racionales a Zeus, Afrodita, Thor o Poseidón. No consideran la posibilidad de que tal vez la razón humana no sea aplicable a esos dioses. Únicamente cuando alguien haga lo mismo con su propia religión, se defenderán de inmediato con la excusa de que “las reglas de la razón no son aplicables en mi caso particular”.

Incluso es un concepto errado pensar que la fe está relacionada con cierta fortaleza o valentía espiritual. Pongámoslo metafóricamente: cualquiera es “valiente” si cree que está acompañado de un gigante, pero la verdadera valentía sólo puede medirse cuando se pelea estando solo, cuando hay

consciencia de que se corre un peligro real. En vez de enfrentar la fría realidad estoicamente, el religioso se refugia en un manto tibio de creencias, reconfortándose con promesas hermosas de que existe un Dios que lo está acompañando y lo recompensará por todo lo que sufre. ¿Cómo puede considerarse, bajo ningún punto de vista, que hay algún tipo de fortaleza en creer eso?

Se podría argumentar que, justamente, la fe es la que da fuerza. Pero esto es como decir que el alcohol da alegría. No es algo auténtico, es artificial. Un hombre puede tener todo el derecho del mundo a emborracharse, pero no puede jactarse de que el alcohol lo hace realmente feliz. Del mismo modo, el religioso no puede jactarse de que la fe lo hace realmente fuerte. Más bien todo lo contrario; si el creyente fuera fuerte entonces no necesitaría refugiarse en la fe, podría enfrentarse a la realidad tal cual se presenta, al desnudo, sin la ilusión cálida de que está siendo protegido o será recompensado.

Resumiendo todo en pocas palabras, citando a Sigmund Freud, *“Sería muy bonito si hubiera un Dios que creó el mundo y una providencia benevolente, y un orden moral en el universo, y vida después de la muerte; pero resulta muy llamativo que todo esto sea exactamente como deseáramos que fuese”*.

## IMPONIENDO CONDUCTAS CON BASE RELIGIOSA

A mediados del 2009, con mucha repercusión mediática, Benedicto XVI manifestó que el preservativo no resuelve sino empeora el problema del SIDA. Inmediatamente muchas organizaciones se declararon en contra de sus dichos, considerándolas un atentado a la salud pública. Para colmo de males el Papa dijo esto durante un viaje al centro de África, el lugar más golpeado del mundo por esa enfermedad. Le fue respondido entonces que es cierto que el preservativo no es suficiente pero que aún así es necesario, y que si hay algo demostrado científicamente es que su uso evita el contagio de SIDA. Lo que viene al caso es que la Iglesia, frente a esta enorme reacción pública, no se retractó ni tampoco amplificó su argumentación, sino se limitó a quejarse de que no se respetaba su libertad de culto, y que ella tenía pleno derecho de expresar sus creencias.

Ahora bien, las organizaciones internacionales jamás dijeron que al Papa no debería permitírsele hacer públicas sus opiniones, sino que estas no eran correctas. Es decir, lo que la Iglesia pide no es el derecho de opinar, sino el derecho de opinar y no ser contestada, sin que se le exija ninguna fundamentación.

Si fuera por la religión sola, no habría problema. Un vecino de cualquier barrio tiene todo el derecho de hacer danzas alrededor de una fogata para convocar al dios de la lluvia, o incluso de azotarse a sí mismo para pedir perdón por sus pecados. Allá él, mientras no afecte a los demás, es libre de hacer lo que desee en su intimidad. Sin embargo, es un tema distinto cuando las creencias privadas de un grupo de personas dejan de ser tan “privadas”, y comienzan a afectar a quienes los rodean.

Por supuesto, los creyentes siempre estarán convencidos de que su fin no es egoísta y que actúan por el bien de la sociedad en general, ya que a pesar de que no todos creen en Dios, él sigue existiendo, y los peligros de no seguir su plan divino pueden ir desde una vida infeliz e incompleta, hasta pasar la eternidad en el infierno. Parece un planteo razonable. Sin embargo, el problema es que los planes de Dios bien podrían ser distintos de como los creyentes piensan. De hecho, incluso podría ser que Dios ni siquiera existiera. Y a fin de cuentas, tal vez muchos de los sacrificios y conductas que intentan imponer sean completamente en vano. Por ejemplo, quizás Dios existe pero no le molesta la homosexualidad, y todo este tiempo los religiosos estuvieron oponiéndose al matrimonio entre personas del mismo sexo, haciendo infeliz a mucha gente, por creencias que eran erróneas. Y lo mismo podría suceder con cualquier otro dogma. Pero claro está, Dios nunca se va a aparecer para aclarar que nadie está equivocado, de modo que todos los creyentes siempre seguirán convencidos de que lo comprenden verdaderamente, y en función de esto pretenderán obligar al

mundo a manejar su vida personal de cierta manera.

La cuestión es que si vamos a reconocerles este derecho de tomar decisiones sobre nuestra propia vida, entonces nosotros también deberíamos poder prohibirles a ellos, por ejemplo, comer durante determinados días de la semana, utilizar algunos medicamentos específicos o tener sexo sin respetar cierto ritual, si tuviéramos ganas de creer en un ser invisible al que le ofendieran estas cosas. Y naturalmente, llegado este punto, los cristianos responderían que una cosa es tengamos derecho a creer lo que queramos en nuestra intimidad, y otra cosa es que pretendamos imponerles conductas en base a nuestras propias creencias que ellos ni siquiera comparten. Para permitir que nosotros les dictáramos normas basadas en nuestras creencias, exigirían que les demostráramos científicamente los fundamentos de nuestra fe.

Y esto, si es lo que pedirían, es entonces lo que ellos mismos deben ofrecer.

## CUANDO EL PEDIDO DE LA ORACIÓN SE CUMPLE

Una persona padece cierta enfermedad, un grupo de fervientes creyentes eleva sus oraciones para su recuperación, y la curación ocurre. Queda demostrado entonces que Dios existe y es bueno, y todos vivieron felices para siempre.

...Un momento, algo no cierra. Se supone que Dios, desde un principio, era consciente de la situación del enfermo y tenía pleno poder para ayudarlo sin esperar a que nadie le rezara. Incluso podría haber evitado todo el problema desde el comienzo. ¿Por qué no lo hizo? En lugar de esto, permitió de manera consciente y voluntaria que la enfermedad se desarrollara y que todos pasaran por una situación dolorosa, sin hacer nada hasta ser colmado de alabanzas. Por lo tanto, argumentar que Dios sanó un enfermo en respuesta a las plegarias, equivale a decir que si Dios no hubiera sido alabado habría permitido que la desgracia continuara como si nada. Si bien Dios prestó su ayuda, no lo hizo por amor sino sólo a cambio de que le lamieran los pies. En caso contrario, si los creyentes están realmente convencidos de que Dios intercede por amor, entonces ¿por qué consideraron necesario rezar? E incluso más, ¿por qué dan por hecho que rezar cinco veces el rosario es más eficiente que rezarlo una sola vez, y que una cadena de oración es más eficiente que una sola persona rezando?

¿Qué clase de padre, plenamente consciente de que un hijo suyo está atravesando una situación horrible e injusta, y con el pleno poder para ayudarlo, se quedaría de brazos cruzados hasta que decenas de personas le pidieran su ayuda de rodillas? Imaginemos a este padre reflexionando: *“Mmmm... no, por ahora sólo diez personas han venido a traerme ramos de flores. No me satisface, no me parece que me amen lo suficiente. Esperaré que me demuestren un poco más de devoción, y luego tal vez veremos”*. Finalmente, luego de muchas ofrendas y obsequios, accede a socorrer a su hijo. ¿A esto le llamamos amor? ¿Esta clase de actitud merece agradecimiento?

Avancemos un paso más. Imaginemos que la enfermedad nunca surgió desde un principio, o que Dios intervino sin esperar a que se le pidiera nada, y que hasta ahora nosotros hemos tenido una vida maravillosa. Aún así, ¿cómo puede alguien decir que Dios es bueno? ¿Qué hay de todas las madres de Somalia cuyos hijos se mueren literalmente de hambre en sus brazos? ¿Qué hay de todas las víctimas del terremoto de Haití, de los tsunamis de Japón e Indonesia, de los tornados de Estados Unidos? *“No sé, es un misterio, yo lo único que sé es que Dios me ayudó a mí y por lo tanto es bondadoso”*. Esto es como si alguien dijera: *“La verdad... la última dictadura militar de Argentina fue muy bondadosa, porque cuando gobernaban los militares mi familia estaba económicamente muy bien”*. ¿Qué pasa con los miles de personas torturadas y desaparecidas durante el régimen? ¿Qué pasa con las incontables familias destruidas y las vidas arruinadas? *“No*

*sé, es un misterio, yo lo único que sé es que la dictadura ayudó a mi familia y por lo tanto los militares fueron obviamente buena gente”.*

Pero vayamos aún más lejos. Como ya vimos, que una oración se cumpla no implica necesariamente que Dios sea bueno, por bastantes motivos. Sin embargo, ¿demuestra, al menos, que Dios exista?

Supongamos que en vez de rezarle al dios cristiano, la próxima vez le dirigimos nuestro pedido al antiguo dios egipcio Osiris. Y nuevamente la curación ocurre. ¿Esto demostraría la existencia de Osiris? Pensémoslo un segundo. Incluso si Osiris no existe, lo cual es lo más probable... ¿qué ocurriría si cientos, o miles, o millones de personas a lo largo y a lo ancho de todo el mundo le rezaran continuamente para pedirle todo tipo de cosas? Muy sencillo; algunas de esas peticiones se cumplirían y otras no, aunque solo fuera por azar. En los casos de un final feliz, los creyentes agradecerían a Osiris sin pensarlo dos veces, y en el resto de los casos atribuirían su falta de ayuda a algún motivo superior y misterioso. Esto es exactamente lo mismo que ocurre en el caso del dios cristiano, y se corresponde también con lo mismo que sucede en absolutamente todas las religiones habidas o por haber. Siempre, sin importar a qué entidad imaginaria se le dirijan alabanzas, algunas veces sucederá lo que pedimos y otras veces no. Es una simple cuestión de estadística.

Citando a Donald Morgan, *“Los cristianos dicen que, sin excepción, su dios responde a todas sus plegarias; es sólo que a veces dice ‘sí’ y otras ‘no’, ‘quizá’ o ‘espera’. Por supuesto, lo mismo podría decirse del dios de la lluvia”.*

## LA BIBLIA ES CONTRADICTORIA COMO GUÍA MORAL

Un tal señor llamado Arthur Schlesinger Jr. dijo en una ocasión: *“Como historiador, confieso que me resulta un poco gracioso cuando escucho que la tradición judeocristiana es alabada como fuente de nuestra preocupación presente por los derechos humanos, esto es, por la valiosa idea de que todos los individuos en todas partes tienen derecho a la vida, a la libertad, y a la búsqueda de la felicidad sobre esta tierra. De hecho, las grandes épocas de la religión fueron notables por su indiferencia a los derechos humanos en el sentido contemporáneo. Fueron notorias no sólo por su aceptación de la pobreza, la inequidad, la explotación y la opresión, sino también por una entusiasta justificación de la esclavitud, la persecución, el abandono de niños pequeños, la tortura y el genocidio”*.

Naturalmente, cualquier cristiano replicará que todas estas aberraciones no se debieron a que la religión lo mandara, sino a que hubo gente que falló al poner en práctica el mensaje de la Biblia, el cual sigue siendo profundamente moral. Error. Por supuesto que la Biblia contiene enseñanzas éticas, pero lamentablemente son una muy rara excepción. La mayor parte de este libro consiste en pasajes completamente monstruosos e injustificables. Esto no solamente incluye a gente que aparece haciendo cosas despreciables por su propia cuenta, sino Dios mismo ordenando estas acciones o realizándolas directamente.

Por ejemplo, en (Deu.7.1-2) está escrito: *“Cuando Jehová tu Dios te haya introducido en la tierra en la cual entrarás para tomarla, y haya echado de delante de ti a muchas naciones, al heteo, al gergeseo, al amorreo, al cananeo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo, siete naciones mayores y más poderosas que tú, y Jehová tu Dios las haya entregado delante de ti, y las hayas derrotado, las destruirás del todo; no harás con ellas alianza, ni tendrás de ellas misericordia”*. O en (Eze.20.25-26), *“Por eso yo también les di estatutos que no eran buenos, y decretos por los cuales no podrían vivir. Y los contaminé en sus ofrendas cuando hacían pasar por el fuego a todo primogénito, para desolarlos y hacerles saber que yo soy Jehová”*.

Otras veces se priorizan cosas efímeras por encima de la vida misma, como la virginidad sexual o el descanso durante un día sagrado. *“Mas si resultare ser verdad que no se halló virginidad en la joven, entonces la sacarán a la puerta de la casa de su padre, y la apedrearán los hombres de su ciudad, y morirá”*. (Deu.22.20-21).

El machismo y la misoginia son moneda común. En (Corintios 1 14:34-35) se le prohíbe a la mujer hablar en la Iglesia, y ésta sólo puede preguntarle a su esposo cuando estén en casa. *“Vuestras mujeres callen en las congregaciones; porque no les es permitido hablar, sino que estén sujetas, como también la ley lo dice. Y si quieren aprender algo, pregunten en casa a sus maridos;*

*porque es indecoroso que una mujer hable en la congregación”.*

Según la Biblia, Dios hizo llover fuego y azufre sobre ciudades enteras en cierta ocasión. En otro momento inundó el mundo completo, asesinando a toda la humanidad con excepción de Noé y su familia. Siempre con la excusa de que todos eran malos y pecadores, incluidos los niños. Luego, cuando el pueblo hebreo se encontraba esclavo en Egipto, Dios se le apareció personalmente a Moisés y le ordenó que liderara a su gente hacia la libertad y la tierra prometida. Como el Faraón no accedía, Dios, en vez de aparecerse directamente ante aquél, o en lugar de teletransportar a todos los judíos con un simple chasquido de dedos, envió siete plagas espantosas a Egipto entero para presionar a su gobernante. La última de esas plagas fue, literalmente, la muerte súbita de todos los niños primogénitos del reino. Acto seguido, el Faraón se rinde y deja escapar a Moisés con el pueblo judío, y éste es el célebre episodio donde las aguas del Mar Rojo se abren en dos, a la salida de Egipto. Pero la historia no termina, continúa y continúa, siempre salpicada de impulsos sanguinarios de este Dios absolutamente arbitrario y monstruoso.

Por supuesto que todo esto no es más que mitología simple y llana, y de más está aclarar que Dios en realidad no es antiético, ya que no puede ser antiético alguien que no existe. El punto es que no podemos considerar al Dios bíblico, lleno de ataques de histeria y contradicciones, como fuente de inspiración moral. Esto no quiere decir necesariamente que la Biblia haya tenido la culpa de todas las atrocidades cometidas por la Iglesia Católica o cualquier otra agrupación de cristianos, eso es tema para otro momento. El punto es que no es aceptable la respuesta de que la Biblia, a pesar de lo que hayan hecho sus creyentes, sigue siendo un libro moral. Porque nunca lo fue.

Muchos cristianos se escandalizan al ver que los ateos dejamos este libro sagrado de lado, y elegimos por nuestra propia cuenta los principios morales a seguir. Sin embargo, como ya vemos, si uno lee la Biblia encuentra de todo, y en definitiva termina siendo el cristiano mismo, con su propio criterio personal, el que selecciona los mensajes que toma y los que deja. Y eso es exactamente lo mismo que hacemos los ateos, de lo que ellos tanto se horrorizan.

## MITOLOGÍA ES LA RELIGIÓN DE OTRAS PERSONAS

La primera página de la Biblia comienza con el capítulo llamado “Génesis”, describiendo la creación del mundo. La crítica más conocida es que según este libro el mundo fue creado por Dios en seis días, cuando en realidad fue formándose a lo largo de miles de millones de años, y el hombre, así como todas las especies biológicas, fue evolucionando a partir de otras especies anteriores en lugar de ser creado directamente del barro.

En pleno siglo XXI sigue habiendo agrupaciones cristianas, como los Testigos de Jehová y los Evangélicos, convencidas de que todo ocurrió tal como lo dice la Biblia literalmente y que los científicos tienen la mente cerrada y los ojos vendados. Allá ellos. Por otra parte están los cristianos un poco menos extremistas, que responden que los “seis días” del Génesis son metafóricos y en realidad representan grandes períodos de tiempo, cubriendo la evolución y todos los demás detalles. Aunque claro está, desde su punto de vista, Dios naturalmente sigue estando a cargo de conducir los pasos de la evolución y la formación planetaria. A esta postura se la conoce como “diseño inteligente”, en contraposición a la anterior, más fanática, llamada “creacionismo”.

Hecha esta acotación de que todo se trata de una sutil metáfora, quienes apoyan el “diseño inteligente” creen que la brecha entre la Ciencia y el Génesis ya queda resuelta. Pero nada más lejos de la realidad. Aún si somos generosos y consideramos que los “seis días” son metafóricos, el relato continúa siendo atrocemente falso. Todo está mal. Todo. A través de la ciencia, sabemos que en primer lugar se originaron millones y millones de galaxias. Entre esas galaxias está la nuestra, la Vía Láctea, no siendo ni la primera ni la última. En el interior de la Vía Láctea existen muchos millones de estrellas, entre las cuales se encuentra nuestro Sol, tampoco siendo ni la primera ni la última en originarse. Alrededor de nuestra estrella se formaron los planetas del sistema solar, entre estos la Tierra, y millones de años más tarde tenemos el comienzo de la vida y la evolución de las especies, hasta llegar muy lentamente al escenario actual. Finalmente, incluso hoy en día la historia no termina y aún continúan formándose y extinguiéndose incontables especies animales, planetas, soles, sistemas estelares y galaxias enteras.

Sin embargo, si echamos nuevamente un vistazo al Génesis, este asegura que en el primer día Dios crea las aguas, la tierra, la luz y la oscuridad. En el segundo día, el cielo. En el tercero separa la tierra del agua, seca la tierra y la llena de vegetación. Recién en el cuarto Dios crea la luna y el Sol, y más tarde en el mismo día a las estrellas. Por esto, aún considerando que los “seis días” son metafóricos, el texto continúa estando completamente errado de principio a fin; no solamente las escalas de tiempo están fuera de proporción, sino que además el orden en que suceden las cosas es un desastre. Pero hay más. Podemos señalar los errores conceptuales. Por ejemplo, el mismo libro

considera que el Sol y la Luna son un mismo tipo de cosa, “lumberas”, y las estrellas son otro tipo de entidad diferente, creadas por separado, cuando en realidad el Sol y las estrellas son un mismo tipo de cosa (el Sol es una estrella), mientras la Luna es un tipo de cuerpo distinto. Además Dios crea el día y la noche en el primer día, pero recién en el cuarto crea al Sol; la pregunta que naturalmente surge es, si la luz del día ya estaba separada de la oscuridad de la noche, entonces, ¿para qué era necesario el Sol?...

Pero la historia no termina. Adán y Eva tuvieron como hijos a Caín y Abel, es decir, dos hombres. Luego de asesinar a Abel, Caín se mudó a... una ciudad al oriente de Edén llena de habitantes, donde conoció a una mujer con quien tuvo descendencia. ¿De dónde salió toda esta gente, ya asentada en una ciudad propia y todo, si supuestamente Adán y Eva fueron los primeros humanos en ser creados, y Caín y Abel fueron sus primeros hijos?

Y el relato continúa. Tras muchas generaciones, la humanidad terminó siendo enteramente corrupta y malvada, a excepción de un solo hombre, Noé, y su familia. Decepcionado y enfurecido, Dios decidió matar a todo el mundo mediante una lluvia torrencial como nunca antes se había visto. Se contactó entonces con este hombre, a quien le ordenó construir un gran barco, adonde debía subir una pareja de cada especie animal para que no se extinguiera a causa del diluvio. Todo el planeta se inundó y todos fallecieron de manera espantosa, porque eran malos y se lo merecían, incluyendo los niños. Luego de esperar a bordo, finalmente la lluvia cesó y Noé descendió en tierra firme.

Ahora bien, no hace falta explicar por qué es absurdo que en un arca prehistórica entren y se mantengan parejas de todas las especies de animales. Leones, tigres, elefantes, caballos, miles de variedades de insectos, en fin... todas, todas las especies del planeta. No hablemos de los peces de agua dulce, y ni mencionemos la fauna autóctona de Europa, América, África, o las islas del Pacífico. Por alguna extraña y misteriosa razón, el Universo de la Biblia siempre parece reducirse a pocos kilómetros a la redonda de los protagonistas, ilustrado según el entendimiento limitado y defectuoso de esa época, en lugar de contener información amplia e increíble que sólo podría haberla revelado un dios. Y curiosamente, esto lo mismo que sucede en todas las demás mitologías de las civilizaciones antiguas. A los dioses omnisapientes, quién sabe por qué, nunca se les ocurre revelar que también crearon otros continentes, otros planetas y otras galaxias enteras.

Por supuesto que la historia no termina con Noé, sigue y sigue, siempre llena de pasajes indigestibles para el mínimo sentido común. En definitiva, el problema con la consistencia de la Biblia no es que un sólo relato en particular sea falso como excepción, y se pueda solucionar sin esfuerzo interpretándolo como una metáfora. Todo lo contrario, la falsedad es la regla general por amplia mayoría, y la excusa de que tal o cual fragmento se trata de una inocente metáfora es absurda.

Si un cristiano tomara entre sus manos el Corán, el Bhagavad Gita, el Popol Vuh, o el libro sagrado de cualquier otra religión, le resultaría inmediatamente obvio que se trata de simples

colecciones de leyendas primitivas. El único motivo por el que no le sucede lo mismo con la Biblia es porque fue educado en un ambiente donde se le prohibía cuestionar su veracidad. Citando a Joseph Campbell, antropólogo estadounidense, “*¿La definición de mitología en una oración? ‘Mitología’, es lo que llamamos a las religiones de otras personas*”.

## LOS INCONTABLES BACHES DE LA BIBLIA

Si hubiera más gente que leyera la Biblia, habría más ateos. De hecho, todos los ateos recomendamos leer este libro y aprender también acerca de las demás religiones, porque sabemos que cuanta más cultura y conocimiento tenga una persona menos creerá en ninguna. Habrá excepciones, por supuesto, pero la gran mayoría de los creyentes cultos no cree en la Biblia ni en ningún libro sagrado, ni mucho menos en ninguna Iglesia, sino en un Ser Superior muy abstracto y vagamente definido. Por otra parte, al contrario de esto que hacemos los ateos, es sabido que las instituciones religiosas sólo promueven la lectura de la Biblia y de literatura que comparta su punto de vista, nunca fuentes que la critiquen. Tal vez algún sacerdote promocionará libros que hablen del ateísmo, pero siempre escritos desde la perspectiva religiosa, nunca de primera mano de un ateo.

En definitiva, se puede ver claramente cuánta confianza tiene cada bando en su propio poder de convicción. Este hecho habla por sí mismo.

Ahora bien, la gran mayoría de los cristianos no sólo no ha leído libros que se opongan a la religión, sino que ni siquiera ha leído la Biblia misma, y es entendible, porque incluso suponiendo que fuera una fuente verídica y confiable seguiría siendo uno de los libros más absolutamente aburridos de todo el Universo. O si acaso la han leído, como mucho conocerán la breve sección que relata la vida de Jesús y algún que otro extracto más por aquí y por allá. En todo caso, como consecuencia de no leerla realmente se tiene una imagen bastante errada de qué se trata; se lo ve como un texto de gran sabiduría y de profundo contenido moral, que tal vez tenga algunos deslices científicos en un par de pasajes, pero de importancia secundaria.

El tema de las falsedades científicamente refutadas lo dejaremos para otro artículo, al igual que sus monstruosidades inmorales. Por el momento sólo nos concentraremos en las contradicciones simples. Resulta que los capítulos de la Biblia no son como los de un libro normal, cada uno fue redactado por una persona distinta, y a su vez en épocas y contextos diferentes. Es decir, la Biblia no es “un libro” propiamente dicho, sino un conjunto de libros posteriormente ensamblados en uno sólo, y por esa razón hay bastante discordancia entre algunas partes y otras. Cada autor escribió lo que pensaba sobre el tema que quiso partiendo desde la base que disponía: relatos mitológicos de distintos orígenes, transmitidos oralmente a lo largo de mucho tiempo, modificados y condimentados cada vez que una generación se los pasaba a la siguiente.

Por ejemplo, en (Re.2.11-12) la Biblia afirma: *“Y aconteció que yendo ellos y hablando, he aquí un carro de fuego con caballos de fuego apartó a los dos; y Elías subió al cielo en un torbellino”*. Pero en (Jua.3.13), se sostiene lo contrario: *“Nadie ha subido jamás al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo”*.

Por otra parte, en (Jua.1.18) está escrito: *“A Dios nadie le vio jamás”*, pero según (Éxo.33.11), *“Hablaban Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero”*.

En (Núm.23.19) dice: *“Dios no es hombre, para que mienta, Ni hijo de hombre para que se arrepienta. Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?”*, mientras que en (Éxo.32.14) se relata: *“Entonces Jehová se arrepintió del mal que dijo que había de hacer a su pueblo”*.

La lista es interminable. La Biblia es tan larga y con una densidad tan grande de defectos que simplemente resultaría imposible cubrirlos todos en un solo artículo. Para esto haría falta una enciclopedia mucho más extensa que la Biblia misma, pero afortunadamente esa cosa existe y se llama internet. Gracias a las maravillas de la tecnología, desde la comodidad del hogar podemos buscar “contradicciones bíblicas”, “ejemplos inmorales de la Biblia”, o términos similares, y encontrar cientos de miles de resultados en un par de segundos. De modo que no tendría sentido listar todas las contradicciones posibles en este momento, no sólo porque no terminaríamos nunca, sino porque este trabajo ya está hecho y se puede acceder en un instante.

Pero a grandes rasgos, como escribió Scott Bidstrup: *“¿Quiere un dios airado, escandaloso, vengativo, destruyendo todo lo que le sirve de tropiezo, exigiendo genocidios, infanticidios y hasta la misma esclavitud? Entonces el Éxodo es su libro. ¿Quiere un código de vida duro, rígido, inexorable, inflexible, sin misericordia? Entonces su libro es el Levítico. ¿Quiere un dios discreto, sutil, insondable que raramente interfiere, pero que puede ser conocido solo a través de las oraciones sinceras y las suplicas del fondo del alma, además de ser gentil y misericordioso? Lea las epístolas de Pablo. Todo en el mismo libro”*.

## LA CONTRADICCIÓN FUNDAMENTAL DE DIOS

*“Está dispuesto Dios a prevenir la maldad, pero no puede? Entonces no es omnipotente. ¿Puede hacerlo, pero no está dispuesto? Entonces es malévolo. ¿Es capaz y además está dispuesto? Entonces, ¿de dónde proviene la maldad? ¿No es él capaz ni tampoco está dispuesto? Entonces, ¿por qué llamarlo Dios?”.* Ésta es una célebre cita de Epicuro que resume lo que se llama “el problema del mal”; un razonamiento tan sencillo como demoledor para religión.

Claro está que esto no demuestra que Dios no exista, el asunto de su inexistencia es otra historia. Perfectamente podría ser que existiera y fuera una criatura completamente monstruosa y maligna, o ni mala ni buena, sino simplemente indiferente a lo que sucede en este pequeño planeta. O bien podría ser que hubiera diseñado a la Tierra y al ser humano, pero luego hubiera fallecido, no teniendo vida eterna, y por lo tanto no siendo responsable de las injusticias actuales. En fin, hay incontables tipos de dioses posibles con infinitas combinaciones teóricas de atributos y propiedades. Sin embargo, algo es seguro: Dios no puede ser todopoderoso y, a la vez, amar a los seres humanos.

Naturalmente la religión tiene muchas respuestas bajo la manga para intentar salvar esta fuerte contradicción, pero cada una de estas explicaciones es menos satisfactoria que la anterior. Un primer intento es que el sufrimiento en el mundo no es culpa de Dios, sino del ser humano. Hay hambruna en África porque unos hombres no son solidarios con otros hombres, hay pobreza en ciertos países porque sus gobiernos no son sabios y justos. En resumen, algunas personas cometen pecados, y por una simple cuestión de causa y efecto se genera infelicidad a su alrededor. Y Dios no puede intervenir, ya que al hacerlo estaría violando el libre albedrío de los individuos. El libre albedrío, según la religión, recordemos, es la capacidad intocable del alma de poder tomar decisiones morales sin influencia de nada ni nadie. Si no tuviéramos libre albedrío seríamos simplemente máquinas mecánicas, no seríamos enteramente responsables de nuestras acciones, y no mereceríamos premios ni castigos por ellas.

Esta explicación no resiste demasiado análisis. En primer lugar, ¿qué hay de los terremotos, tsunamis, erupciones volcánicas y demás desastres naturales? ¿Qué tienen que ver esas catástrofes con el comportamiento ético de sus víctimas? Dios, si tuviera infinito poder, debería poder prevenir perfectamente todas estas tragedias sin necesidad de violar el libre albedrío de nadie al hacerlo. De hecho, para empezar podría haber diseñado un mejor planeta sin tantas fallas, esta calidad de trabajo no es la que cabe esperar de un ser perfecto. Pero aún más, incluso en los casos de intervención humana Dios también se queda sin pretexto. Con respecto a las bombas atómicas de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, Dios podría haber esperado a que los aviones norteamericanos las desprendieran, y una vez en caída libre desactivarlas milagrosamente. Esto no habría afectado el

libre albedrío de nadie, y el mismo principio se extiende a todos los demás casos. Si un asaltante le dispara a una víctima, Dios podría hacer que el arma se trabara y eso no afectaría la decisión del asaltante de haber disparado. Y así siguiendo.

Otro argumento clásico es: *“Dios nos envía sufrimiento para poner a prueba nuestra fe”*. Pero, ¿por qué quiere Dios tan desesperadamente que reforcemos nuestra fe? ¿Qué utilidad y beneficio tiene nuestra devoción para él? Es decir, este Dios es un padre totalmente sádico y con la mente retorcida, que envía dolor y sufrimiento a sus hijos con el propósito de aumentar su dependencia psicológica y alabanzas. Esta actitud inmoral francamente no entra dentro del concepto de “amor”.

La religión ofrece otra explicación alternativa, para los más exigentes. Si no existieran situaciones difíciles, conflictos dolorosos, desastres y tragedias, el ser humano no tendría oportunidad de desarrollar coraje, heroísmo, paciencia, dignidad, y todas las demás virtudes. Pero si Dios quería que tuviéramos todas estas cualidades, ¿por qué no nos diseñó con ellas desde el comienzo? ¿Cuál es la necesidad de ir las adquiriendo mediante un proceso lento y tortuoso, y que para colmo de males sólo da resultado con una pequeñísima fracción de la humanidad? Dios, siendo omnipotente y manipulando las leyes del Universo a su antojo, tranquilamente podría haber creado ya perfectos en el Paraíso. O en última instancia, si tanto le divertía jugar a la evolución personal, aún así podría haber hecho que todo el proceso fuera agradable. Y si la respuesta es que Dios no pudo diseñarnos de esta manera, entonces Dios no es todopoderoso.

Se puede resumir todo de la siguiente manera: hay sólo dos opciones, o Dios está enteramente conforme con el diseño del Universo, o no lo está. Si un Ser Supremo y omnipotente está satisfecho a medias con un Universo creado por él mismo, debe ser el incompetente más grande que jamás haya existido. Por otra parte, si este Ser está satisfecho enteramente con un Universo que implica grandes cantidades de sufrimiento, es indiscutiblemente cruel. Y en todo caso, si este es el mejor diseño que pudo hacer dentro de ciertos límites técnicos, debiendo sacrificar ciertas características a cambio de otras, como por ejemplo el libre albedrío, entonces la conclusión inmediata es que no es todopoderoso. ¿Cómo puede un ser omnipotente “tener” que recurrir forzosamente a cierta solución, y decir *“lo siento, esto es lo mejor que pude hacer”*? Si tener poder infinito tiene alguna gracia, es la libertad de manipular el Universo de cualquier manera que quiera uno, de modo de no estar obligado a recurrir a una solución que lo satisfaga a medias.

Ésta es la contradicción fundamental de Dios, en definitiva: ¿cómo pueden suceder cosas, en cualquier rincón del Universo, tales que el ser inteligente y todopoderoso que las diseñó a su antojo no las disfrute en todos sus aspectos, hasta el último detalle?

## EL ENGAÑO DE SENTIR LA PRESENCIA DE DIOS

Tarde o temprano, como último recurso al quedar entre la espada y la pared, todo creyente sobre la faz de la Tierra replicará lo mismo: *“creo en Dios porque siento su presencia en mi interior”*.

En principio no hay por qué dudar que el creyente sea totalmente sincero, y que efectivamente siente lo que dice. Pero cambiemos de escenario. Supongamos que alguien se enamora de una hermosa mujer, y comienza a hacer una introspección de los sentimientos que lo están afectando. Imaginemos además que vivimos en la Antigua Roma y que en nuestro entorno social se cree comúnmente en Cupido. En este contexto nos tropezamos con este hombre y nos exclama: *“¡Pero claro que Cupido existe! ¡Yo puedo sentir personalmente su influencia en mi interior!”*.

¿Cuál es el punto? Que nadie duda de la honestidad del creyente, pero el hecho de que alguien sienta algo no es garantía de que esté interpretando bien la naturaleza de sus sentimientos. Y en efecto, a nadie se le ocurriría hoy en día atribuir un enamoramiento espontáneo a la influencia de Cupido. En la antigüedad científicamente no se sabía nada acerca de las hormonas, así que si de repente uno sentía algo que no podía explicar, era esperable que lo racionalizara tomando lo único que tenía a mano: seres mágicos e invisibles. Y esto es exactamente lo mismo que se hace en el caso de Dios; un creyente siente cierta emoción, y en vez de asumir humildemente que no sabe como explicarla, recurre a la respuesta fácil que le ofrece la religión de su entorno. Si se encuentra en una sociedad cristiana, concluirá que está sintiendo la presencia del Dios cristiano. Si estuviera en una sociedad oriental, pensaría que está sintiendo la presencia de un dios hindú, o tal vez la influencia de una energía mística.

De hecho, pasar por una experiencia de ese estilo ni siquiera tiene nada de llamativo. Si uno crece en un entorno donde se habla constantemente sobre determinado Ser, aceptándolo como algo obvio y natural, sin nunca cuestionarlo, por motivos psicológicos es entendible que tarde o temprano uno termine asumiéndolo como algo real, y que lo utilice como una herramienta para explicar misterios tanto del mundo exterior como del mundo interior. Por ejemplo, los hinduístas realmente pueden sentir que determinadas personas son las reencarnaciones de ciertas otras ya fallecidas. Indígenas religiosos pueden sentir a sus múltiples deidades materializadas en las distintas fuerzas de la naturaleza. Los antiguos griegos, a su vez, sentían a sus respectivos dioses, mientras los egipcios sentían a los suyos. Si alguien cree en fantasmas sentirá su presencia, o si cree en duendes sentirá a esos duendes, y así siguiendo indefinidamente.

El cerebro humano es una máquina compleja de producir ilusiones y sentimientos. Muchas de

estas ilusiones son útiles y se corresponden con la realidad, pero otras sencillamente no. Afortunadamente también venimos equipados con la capacidad de filtrar estas percepciones de una manera racional, fría y objetiva, pero no todos la usamos. Muchos, por motivos emocionales, prefieren aferrarse a sus primeras impresiones y ahorrarse el posible disgusto de comprobar que estaban equivocados.

La pregunta que deberían hacerse es muy simple: si las personas de distintas religiones pueden tener sentimientos tan profundos como los de un cristiano, pero por influencia de su cultura están convencidos de que estas sensaciones se deben a seres místicos que en realidad no existen, ¿no podrían los cristianos, del mismo modo, estar confundidos cuando creen estar sintiendo la presencia de Dios?

## EL ABSURDO SACRIFICIO DE JESÚS

Según las creencias cristianas, como todos sabemos, Jesús fue crucificado. Ahora bien, a primera vista no resulta demasiado lógico que un ser con infinita inteligencia, conocimiento y poder, haya sido capturado y colgado como un muñeco de trapo por el capricho de unos inofensivos mortales. Algo no encaja.

Es por esto que la religión se esfuerza en ofrecer una explicación rebuscada, que consiste en que desde un principio todo formó parte del misterioso plan de Dios. Era necesario que todo se llevara a cabo de aquella precisa manera; la crucifixión de Jesús no debe ser vista como un fracaso, porque luego resucitó envuelto de gloria, ni tampoco debe ser pensada como un tropezón imprevisto, sino como un sacrificio lleno de amor. Imaginemos cuánto debe amarnos Dios, para enviar a su propio hijo a semejante martirio... todo con tal de que nosotros seamos beneficiados.

¿Y cuál es ese beneficio? Bueno, ahí es donde el asunto se vuelve realmente confuso.

La respuesta clásica y tradicional siempre fue que Jesús pagó por nuestros pecados, aunque no queda demasiado claro qué es lo que esto significa exactamente. Porque en primer lugar, si Dios quería perdonar nuestros pecados, ¿por qué no nos perdonó y listo? ¿Qué necesidad tenía de enviar a su hijo, encarnarlo en forma de humano y hacerlo pasar por todo eso? Él es Dios mismo, no le debe rendir cuentas ni explicaciones a nadie, no hay nada que lo obligue a elaborar sus planes de determinada manera, ni siquiera las leyes físicas del Universo. De modo que si hubiera querido perdonarnos, lo habría podido hacer sin tanta vuelta.

Por otra parte, ¿cómo es eso de que Jesús pagó en nuestro lugar? Es totalmente aberrante la idea de que justos paguen por culpables, de hecho es precisamente el concepto opuesto a la justicia. Imaginemos por ejemplo que luego del Holocausto, en lugar de condenar a las autoridades nazis en los juicios de Núremberg, un juez hubiera tomado a su propio hijo inocente para masacrarlo, haciéndolo pagar así en lugar de los verdaderos culpables. Si alguien hubiera tenido el cerebro lo suficientemente retorcido como para hacer esto, lo habríamos señalado como un padre infinitamente cínico, inhumano y cruel. Pero como lo hizo Dios, según la religión, entonces le rendimos alabanzas por sus profundas lecciones de amor.

Además, ¿qué fue concretamente lo que pagó Jesús por nosotros? Según el cristianismo, si uno comete un pecado, Dios aplicará justicia y lo hará pagar por la falta cometida; tal vez en el infierno, tal vez en el purgatorio o quizá en esta misma vida, pero de una manera o de otra, en algún momento u otro, uno deberá rendir cuentas. Entonces, de nuevo, ¿qué fue concretamente lo que pagó Jesús por nosotros?...

Quizás lo que hizo no fue literalmente “pagar algo en nuestro lugar” sino que, como sostienen otros creyentes, su objetivo fue demostrarnos lo que era capaz de hacer por amor. Pero de todos modos sigue resultando un sacrificio completamente absurdo e inútil. Hubiera sido lo mismo que se suicidara de alguna manera lenta y dolorosa. ¿Qué necesidad hay de montar un espectáculo morboso lleno de sangre? En última instancia, si tantas ganas tenía de hacerlo de una forma que mostrara esfuerzo, al menos podría haberlo hecho de una manera productiva. Por ejemplo, podría haber recorrido el mundo durante siglos y siglos, usando sus poderes mágicos para curar enfermedades y prestar ayuda en las catástrofes naturales. Eso hubiera alcanzado y sobrado como prueba de su amor por nosotros. Pero, ¿dejarse matar, voluntariamente, así como si nada? ¿Qué ganamos nosotros con eso? Hace falta tener un concepto de “amor” demasiado enfermizo para considerar que esa es la moraleja de esta historia.

Pero la contradicción más grande de todas es que ni siquiera puede hablarse de un sacrificio propiamente dicho. Jesús no dio la vida por nadie. Recordemos que a los tres días resucitó, y para colmo, vive desde entonces eternamente colmado de infinito poder y gloria. Esto es como si una persona se deshiciera de todo el contenido de su billetera, digamos por ejemplo cien dólares, y sufriera por unas pocas horas, pero sabiendo que luego de esperar un poco tiempo un gran banco le abrirá una cuenta con fondos infinitos y por tiempo ilimitado. ¿Bajo qué punto de vista esto puede entrar en la definición de “sacrificio”? ¡Todo lo contrario, es el negocio más redondo y conveniente posible de todo el Universo!